

BIBLIOTHEQUE
UNIVERSITE
TOULOUSE

OBRAS

Dramáticas y Líricas

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

NUEVA EDICION,

adornada de 9 hermosas láminas.

TRADUCCIONES DRAMATICAS.

TOMO V.

BARCELONA :

POR ANTONIO Y FRANCISCO OLIVA,

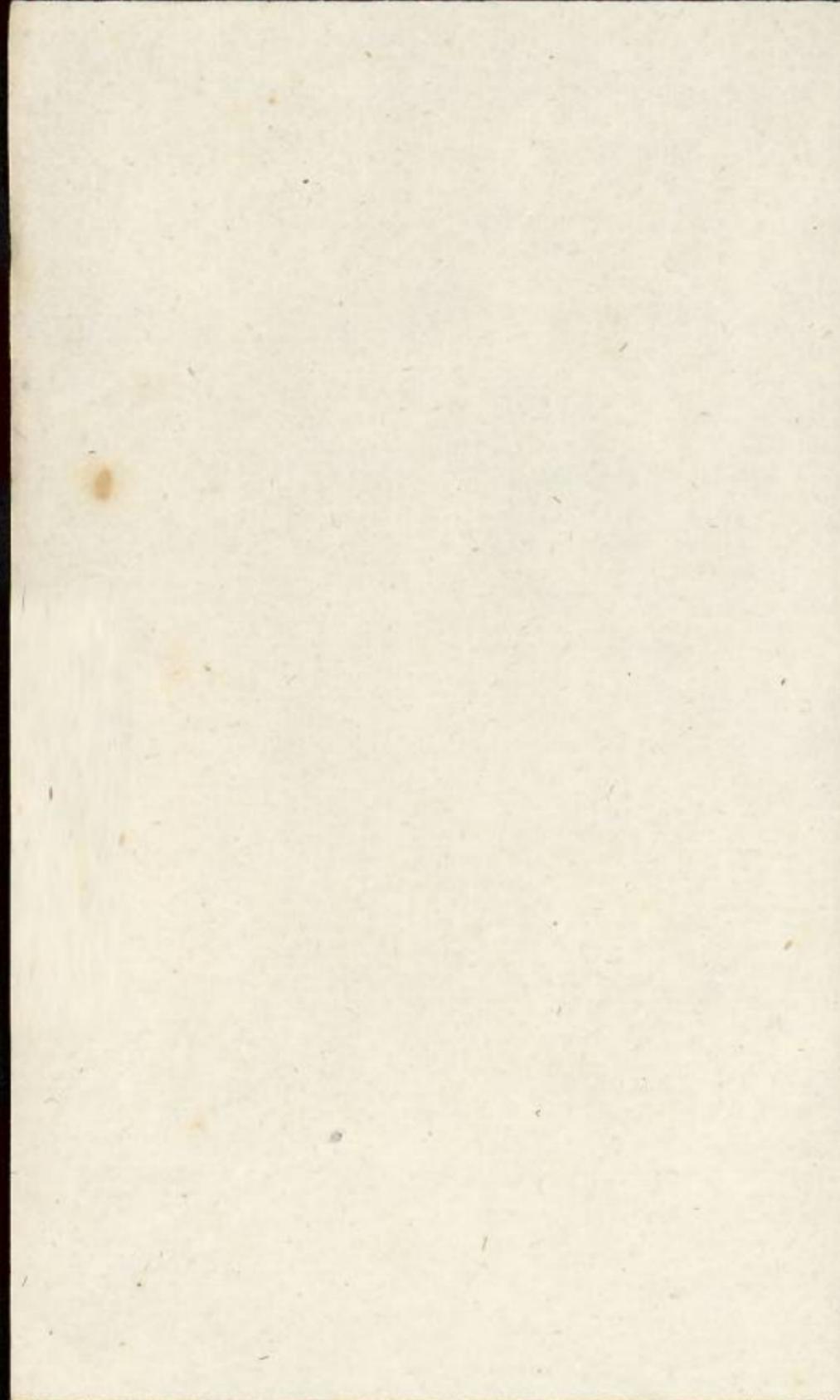
CALLE DE LA PLATERIA.

—
1834.



En 1787 (1787)

DEBAS
DE MORATIN.



Res Esp T 528(5)

Res T 528 OBRAS

(5)

Dramaticas y Liricas

OBRAS
DE MORATIN.

TOMO V.

BARCELONA.

DE LA IMPRENTA DE FRANCISCO GARRIGA.

CALLE DE LA PLAZA, 11.

1846.

OSAGE

DE MORTIMER

PPN 130192722

ESP

Res. T. 528 OBRAS

(5)

Dramáticas y Líricas

DE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

NUEVA EDICION.

TRADUCCIONES DRAMATICAS.

TOMO V.

· BARCELONA :

POR ANTONIO Y FRANCISCO OLIVA ,

CALLE DE LA PLATERIA.

1834.

OBRA

DE

DE

DE

DE

TOMO I.

DE

DE

DE

PERSONAS.

DOÑA GREGORIA.

DOÑA MARCEL.

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

DOÑA LEONOR.

DOÑA JULIANA.

COMEDIA.

DOÑA GONZALE.

EL COMENDANTE.

EL ESCRIBANO.

EL SACRILEGO.

EL SACRILEGO.

EL SACRILEGO.

Sed longe sequere, et vestigia semper adora.

THEBAIDOS. LIB. XII.



TOMO V.

PERSONAS.

DON GREGORIO.

DON MANUEL.

DOÑA ROSA.

DOÑA LEONOR.

JULIANA.

DON ENRIQUE.

COSME.

UN COMISARIO.

UN ESCRIBANO.

UN LACAYO.

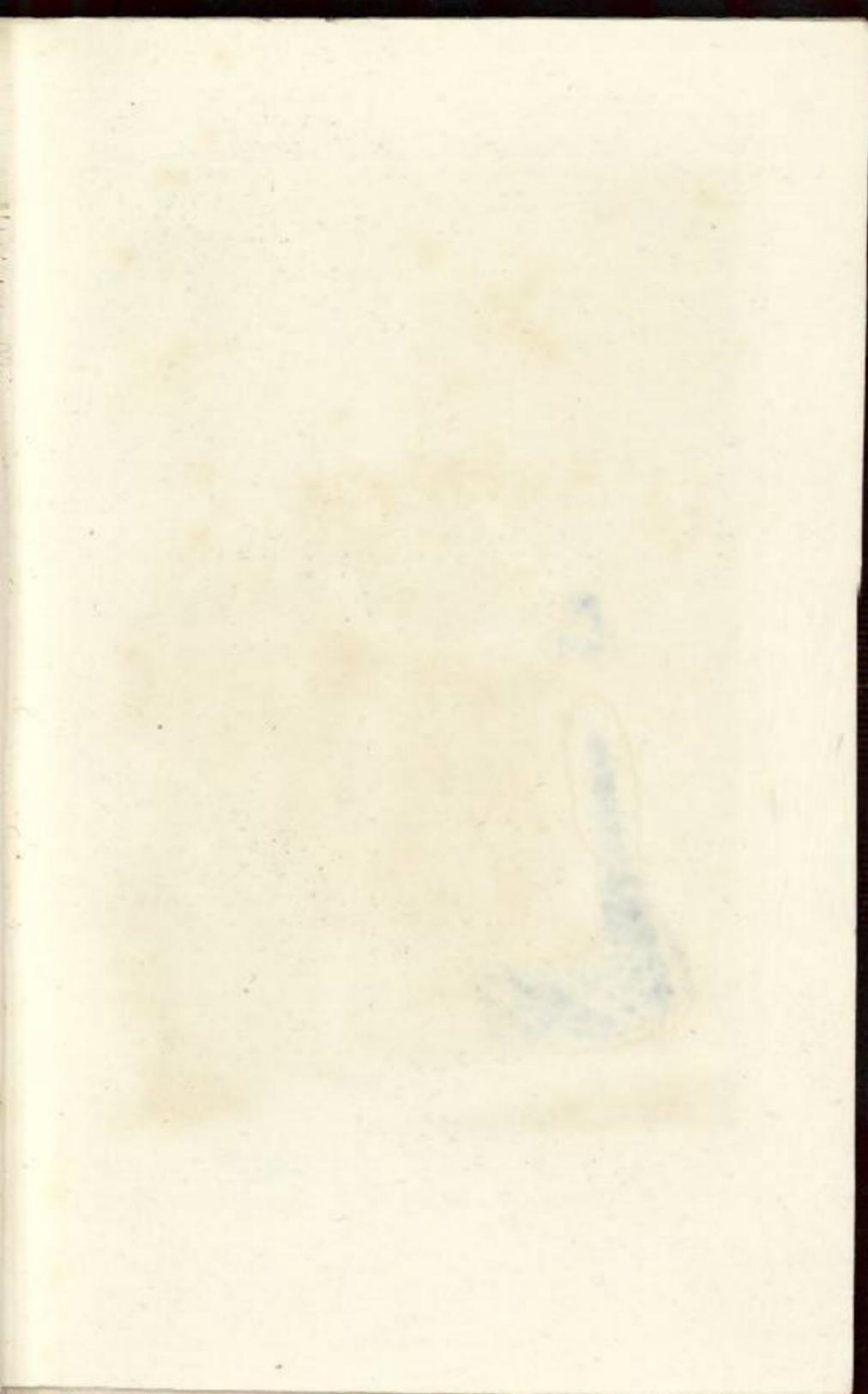
UN CRIADO.

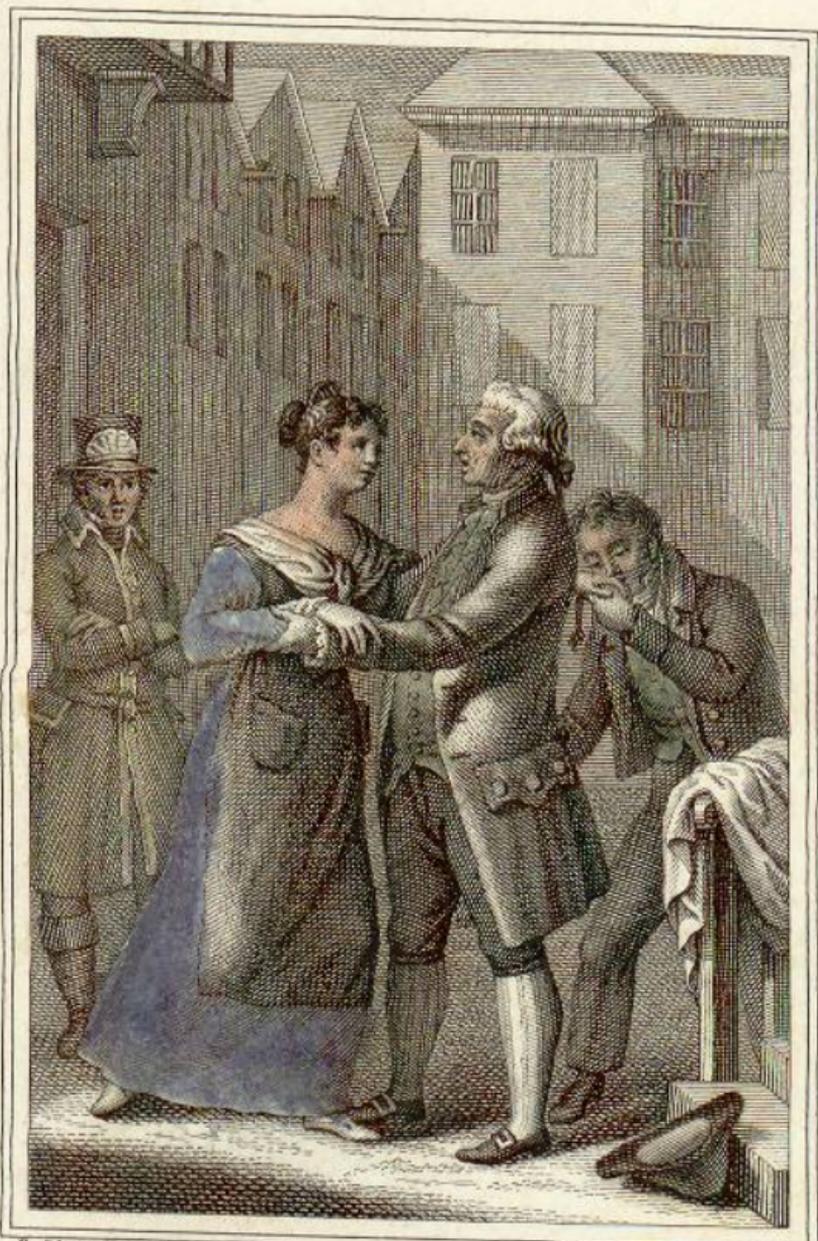
} *No hablan.*

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Aflijidos.

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de D. Gregorio, y la de enfrente la de D. Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de D. Enrique, y al otro lado la del comisario. Habrá salidas de calle practicable para salir y entrar los personajes de la comedia.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las ocho de la noche.





B. Planelle d.

Amillo g.

La Escuela de los maridos.

ESP
Res. T. 528 (5)



LA ESCUELA

DE LOS MARIDOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON MANUEL. DON GREGORIO.

D. GREGORIO.

Y por último, señor Don Manuel, aunque usted es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de usted, ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

D. MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y....

D. GREGORIO.

¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

D. MANUEL.

Mil gracias por la atencion, señor Don Gregorio.

D. GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

D. MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa extravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

D. GREGORIO.

En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria, porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

D. MANUEL.

¡Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los míos fuesen muchos mas, ¿sería esta una razon para que me culpáras el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio y....

Pues qué, ¿la vejez nos condena, por ventura, á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberemos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean, y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un origen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que....

D. GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano..... Las

dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas, y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿estamos?

D. MANUEL.

Sí; pero me parece á mí....

D. GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que usted no ha sabido educar la suya; pero re-

pito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta: séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oír las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color, sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni

con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta.... La carne es frágil, señor mio: yo veo los trabajos que pasan otros; y puesto que ha de ser mi muger, quiero asegurarme de su conducta, y no exponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR. DOÑA ROSA. JULIANA.

(Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de D. Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.)

D. GREGORIO. D. MANUEL.

DOÑA LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin

ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

DOÑA LEONOR.

Mucha lástima tengo de tí.

DOÑA ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaria yo mas alto que...

D. GREGORIO.

¡Oiga! ¿Y adónde van ustedes, niñas?

DOÑA LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. D. Manuel nos hará el gusto de acompañarnos....

D. MANUEL.

Sí por cierto: vamos allá.

DOÑA LEONOR.

Y mire usted: yo me quedo á merendar en casa de Doña Beatriz.... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirle: con que, si usted quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardín, y al anochecer estamos de vuelta.

D. GREGORIO.

Usted (*A Doña Leonor, á Juliana, á D. Manuel y á Doña Rosa, segun lo indica el diálogo.*) puede irse adonde guste: usted puede ir con ella.... Tal para cual. Usted puede acompañarlas si lo tiene á bien; y usted á casa.

D. MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan y que....

D. GREGORIO.

A mas ver.

(*Coge del brazo á Doña Rosa, haciendo ademán de entrarse con ella en su casa.*)

D. MANUEL.

La juventud necesita....

D. GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

D. MANUEL.

¿Pero hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

D. GREGORIO.

No, ninguno, pero conmigo está mucho mejor.

D. MANUEL.

Considera que....

D. GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la mande.... y considero que me interesa mucho su conducta.

D. MANUEL.

¿Pero piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA.

(Aparte. ¡Tuerto maldito!)

DOÑA ROSA.

No creo que tiene usted motivo ninguno para....

D. GREGORIO.

Usted calle, señorita, que ya la explicaré yo á usted si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

DOÑA LEONOR.

¿Pero qué quiere usted decir con eso?

D. GREGORIO.

Señora Doña Leonor, con usted no va nada. Usted es una doncella muy prudente. No hablo con usted.

DOÑA LEONOR.

¿Pero piensa usted que mi hermana estará mal en mi compañía?

D. GREGORIO.

¡Oh, qué apurar! *(Suelta el brazo de Doña Rosa y se acerca adonde están los demas.)* No es-

tará muy bien, no señora, y hablando en plata, las visitas que usted la hace me agradan poco, y el mayor favor que usted puede hacerme, es el de no volver por acá.

DOÑA LEONOR.

Mire usted, señor D. Gregorio, usando con usted de la misma franqueza, le digo, que yo no sé cómo ella tomará semejantes procedimientos, pero bien adivino el efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es, pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que usted la tiene.

JULIANA.

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mugeres! Pues qué, ¿estamos entre turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por

eso son malditos de Dios? ¡Vaya que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afán se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa usted que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea usted, y al hombre mas ladino le volvemos tarumba, cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se expone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocára en suerte un marido tan caviloso como usted y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

D. GREGORIO.

Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ¿ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

D. MANUEL.

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme sino de reir, y bien considerado no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor excesivo no es á proposito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las zelosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable sería una muger, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro, que á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en ma-

nos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme; si por otra parte la sobran los deseos.

D. GREGORIO.

Todo eso que dices, no vale nada.

(Juliana se acerca á Doña Rosa, que estará algo apartada. D. Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.)

D. MANUEL.

Será lo que tú quieras.... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprehender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad, y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de ar-

repentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros, porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que mas contribuya á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye mejor que los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi muger, pero estoy bien lejos de tiranizarla; para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los mios. Mas quiero verla agena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

D. GREGORIO.

¡Qué blandura, qué suavidad! Todo es miel y almivar.... Pero permítame usted que le diga, señor hermano, que

cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues, y que se verá usted sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su muger, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

D. MANUEL.

¿Y por qué ha de hacerse esa mudanza?

D. GREGORIO.

¿Por qué?

D. MANUEL.

Sí.

D. GREGORIO.

No sé. Si usted no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

D. MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

D. GREGORIO.

¡Calle! ¿Con qué si usted se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

D. MANUEL.

¿Y por qué no?

D. GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de anteojito y....

D. MANUEL.

Sin duda.

D. GREGORIO.

¿Y que vaya al prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniacos y merienda en el rio, y....

D. MANUEL.

Cuando ella quiera.

D. GREGORIO.

¿Y tendrá usted conversaciones en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

D. MANUEL.

Preciso.

D. GREGORIO.

¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galán amartelado?

D. MANUEL.

Si no es sorda.

D. GREGORIO.

¿Y usted callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

D. MANUEL.

Pues ya se supone.

D. GREGORIO.

Quítate de ahí que eres un loco.....
Vaya usted adentro, niña: usted no debe asistir á pláticas tan indecentes.

(Hace entrar en su casa á Doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta y se pasea colérico por el teatro.)



ESCENA III.

DON MANUEL. DON GREGORIO. DOÑA
LEONOR. JULIANA.

D. MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

D. GREGORIO.

¡Oh! ¡qué gusto he de tener cuando la tal esposa le....

D. MANUEL.

¿Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

D. GREGORIO.

¡Qué gusto ha de ser para mí!

D. MANUEL.

Yo ignoro cuál será mi suerte, pero

creo que si no te sucede á tí el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

D. GREGORIO.

Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mia, y veremos entonces cuál de los dos tiene mas gana de reir.

DOÑA LEONOR.

Yo le aseguro del peligro con que usted le amenaza, señor D. Gregorio, y desprecio la infame sospecha que usted se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si usted hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atreveria á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como usted, pan bendito.

D. GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

D. MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable así..... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

DOÑA LEONOR.

¿Pero no irá usted por mí?

D. MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anoche-
cer, el criado de Doña Beatriz puede
acompañaros. A Dios, Gregorio. Con
que quedamos en que es menester mu-
dar de humor, y en que esto de en-

cerrar á las mugeres es mucho desatino. Soy criado de usted.

(D. Manuel y las dos mugeres se van por una de las calles.)

D. GREGORIO.

Yo no soy criado de usted. Vaya usted con Dios.

ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan..... ¡Qué familia! Un hombre maduro, empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y muger de mundo; unos criados sin vergüenza, ni.... No, la prudencia misma no bastaría á corregir los desórdenes de semejante casa..... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de reco-

gimiento y virtud que he sabido inspirarla.... Pondremos remedio.... Muy buena es la plazuela de Aflijidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

DON ENRIQUE. COSME. (*Salen los dos de la casa de D. Enrique, y observan á D. Gregorio, que estará distante.*) D. GREGORIO.

COSME.

¿Es él?

D. ENRIQUE.

Sí, él es: el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

D. GREGORIO.

¿Pero no es cosa de aturdirse al ver

la corrupcion actual de las costumbres....

D. ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él y ver si logro de alguna manera introducirme.

D. GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua. (*Se acerca un poco D. Enrique por el lado derecho de Don Gregorio, y le hace cortesia.*) no vemos en nuestra juventud sino excesos de inobediencia, libertinage y....

D. ENRIQUE.

¿Pero este hombre no ve?

COSME.

¡Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

(*Hace que D. Enrique pase por detrás de D. Gregorio al lado opuesto.*)

D. GREGORIO.

No, no, no..... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera menos de....

(Estornuda y se suena.)

D. ENRIQUE.

No hay remedio: yo quiero introducirme con él.

D. GREGORIO.

¿Eh? *(Se vuelve hacia el lado derecho, y no viendo à nadie, prosigue su discurso.)* Pensé que hablaban.... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese usted.

D. GREGORIO.

¿Quién va? *(Vuelve por el lado derecho, se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera repara en D. Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. D. Gregorio se aparta, y D. Enrique se le va acercando.)* Las orejas me zumban.... Allí todas las diversiones de las mu-

chachas se reducen á... ¿ Es á mí?

COSME.

Animo.

D. GREGORIO.

Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya que el hombre es atento!

D. ENRIQUE.

Mucho sentiria, caballero, haberle distraido á usted de sus meditaciones.

D. GREGORIO.

En efecto.

D. ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á usted que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle....

D. GREGORIO.

Bien.

D. ENRIQUE.

Y de manifestarle á usted con la

mayor sinceridad, cuanto celebraría poderme ocupar en servicio suyo.

D. GREGORIO.

Lo estimo.

D. ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de usted, en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona....

D. GREGORIO.

Muy bien.

D. ENRIQUE.

Y, ¿sabe usted las noticias que hoy tenemos? En la corte aseguran, como cosa muy positiva....

D. GREGORIO.

¿Qué me importa?

D. ENRIQUE.

Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y....

D. GREGORIO.

¡Eh!

D. ENRIQUE.

Realmente (*Después de una larga pausa prosigue D. Enrique. Se para, deseando que D. Gregorio le conteste, y viendo que no lo hace, sigue hablando.*)

Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte.... Las provincias en comparacion de esto..... Ya se vé, ¡aquella soledad, aquella monotonía!.... ¿Y usted en qué pasa el tiempo?

D. GREGORIO.

En mis negocios.

D. ENRIQUE.

Sí; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves.... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace usted?

D. GREGORIO.

Lo que me da la gana.

D. ENRIQUE.

Muy bien dicho. La respuesta es

exactísima y desde luego se echa de ver su prudencia de usted en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que.... Yo, si usted no estuviese muy ocupado, pasaría, así, algunas noches á su casa de usted y....

D. GREGORIO.

Agur. (*Atraviesa por entre los dos, se entra á su casa y cierra.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE. COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué te parece Cosme? ¿Ves, que hombre ese?

COSME.

Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

D. ENRIQUE.

¡Ah! ¡yo me desespero!

COSME.

¿Y porqué?

D. ENRIQUE.

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo: en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante, que la guarda y la oprime.

COSME.

Auto en favor. Eso que á usted le apesadumbra, debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa usted, señor D. Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una muger á quien zelan y guardan mucho, está ya medio conquistada, y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamorado, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de pro-

fesion), que no había para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisvadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su muger, la martirizan y la desesperan. ¿Y qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tímido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrajes que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo agradece, y..... en fin, se adelanta camino. Créame usted: la aspereza del consabido tutor le facilitará á usted los medios de enamorar á la pupila.

D. ENRIQUE.

¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que

suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la corte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de Doña Rosita y tener ocasiones de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME.

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que usted pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para....

D. ENRIQUE.

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni cria-

da alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME.

¿De suerte que ella todavía no sabe que usted la quiere?

D. ENRIQUE.

No sé qué decirte. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Marcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella hácia la Florida, al cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; ¿pero quién sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor ó le desestima?

COSME.

A la fe que el tal language es un

poco obscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

D. ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido, y conoce lo que la quiero..... Discurre tú algun arbitrio....

COSME.

Sí, discurremos.

D. ENRIQUE.

A ver si se puede....

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

D. ENRIQUE.

¿Pues qué importa que....

COSME.

No ve usted que si el amigo estuviese ahí detrás de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra.....

No, no, á casa.... Y despacito, como que....

D. ENRIQUE.

Sí, dices bien.

(Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de D. Enrique.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Sale D. Manuel por una de las calles, llega à su casa, tira de la campanilla, despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.)

D. MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

D. GREGORIO. DOÑA ROSA.

(Salen los dos de casa de D. Gregorio.)

D. GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun

por las señas que me das tambien caigo en quien es el sugeto.

(Se aparta un poco de Doña Rosa, y vuelve despues.)

DOÑA ROSA.

¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardi-
des que me inspira un inocente amor!

D. GREGORIO.

¿No dices que has oido que se llama D. Enrique?

DOÑA ROSA.

Sí, D. Enrique.

D. GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso.

(Vuelve à apartarse, y se queda pensativo. Entretanto Doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama à la de D. Enrique.)

DOÑA ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es este.... ¿Pero qué persona de

juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

D. GREGORIO.

No perdamos tiempo..... ¡ Ah de casa!.... Gente de paz.... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias, pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le....

ESCENA III.

COSME. D. GREGORIO. D. ENRIQUE.

D. GREGORIO.

¡ Qué bruto de..... *(Al salir Cosme da un gran tropezon con D. Gregorio.)* ¡ No ve usted qué modo de salir!.... ¡ Por poco no me hace desnucar el bárbaro!

(Mientras D. Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caido por el suelo, sale D. Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á D. Gregorio.)

D. ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que....

D. GREGORIO.

¡Ah! precisamente es usted el que busco.

D. ENRIQUE.

¿A mí, señor?

D. GREGORIO.

Sí por cierto.... ¿No se llama usted Don Enrique?

D. ENRIQUE.

Para servir á usted.

D. GREGORIO.

Para servir á Dios.... Pues señor, si usted lo permite, yo tengo que hablarle.

D. ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á usted en algo?

D. GREGORIO.

No, al contrario, yo soy el que trato

de hacerle á usted un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.

D. ENRIQUE.

¿Y usted venia á mi casa con ese intento?

D. GREGORIO.

Sí señor.... ¿Y qué hay en eso de particular?

D. ENRIQUE.

¿Pues no quiere usted que me admire, y que envanecido con el honor de que....

D. GREGORIO.

Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos.... Vamos al caso.

D. ENRIQUE.

Pero tómese usted la molestia de pasar adelante.

D. GREGORIO.

No hay para qué.

D. ENRIQUE.

Sí, sí, usted me hará este favor.

D. GREGORIO.

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

D. ENRIQUE.

¡Oh! No es cortesía permitir que usted....

D. GREGORIO.

Pues yo le digo á usted que no quiero moverme.

D. ENRIQUE.

Será lo que usted guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino.

(Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete, despues se detiene dudando lo que ha de hacer.)

D. GREGORIO.

Pero si de pie le puedo á usted decir lo que....

D. ENRIQUE.

¿De pie? ¡Oh! no se trate de eso.

D. GREGORIO.

¡Vaya, que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

D. GREGORIO.

No le traiga usted.

D. ENRIQUE.

Pero sería una desatención indisculpable....

D. GREGORIO.

Hombre, mas desatención es no querer oír á quien tiene que hablar con usted.

D. ENRIQUE.

Ya oigo.

(D. Enrique hace ademán de ponerse el sombrero, pero al ver que D. Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. D. Gregorio se impacienta, y al fin se le ponen los dos.)

D. GREGORIO.

Así me gusta..... Por Dios, dejémosnos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere usted oirme?

D. ENRIQUE.

Sí por cierto, con muchísimo gusto.

D. GREGORIO.

Dígame usted: ¿sabe usted que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama Doña Rosita?

D. ENRIQUE.

Sí señor.

D. GREGORIO.

Pues bien, si usted lo sabe, no hay para que decírselo.... ¿Y sabe usted que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupilage, por estar destinada al honor de ser mi muger?

D. ENRIQUE.

No sabia eso. (*Con sorpresa y sentimiento.*)

D. GREGORIO.

Pues yo se lo digo á usted. Y adem-
mas le digo, que si usted gusta, no
trate de galanteármela y la deje en paz.

D. ENRIQUE.

¿Quién?... ¿Yo, señor?

D. GREGORIO.

Sí, usted. No andemos ahora con di-
simulos.

D. ENRIQUE.

¿Pero quién le ha dicho á usted que
yo esté enamorado de esa señorita?

D. GREGORIO.

Personas á quienes se puede dar en-
tera fé y crédito.

D. ENRIQUE.

Pero repito que....

D. GREGORIO.

¡Dale!.... Ella misma.

D. ENRIQUE.

¿Ella?

(Se admira, y manifiesta particular interes en saber lo restante.)

D. GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á usted que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga ademas que le advierta á usted, que ha entendido muy bien lo que usted quiere decirle con sus miradas desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de usted, pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que usted se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

D. ENRIQUE.

¿Y dice usted que es ella misma la que le ha encargado....

D. GREGORIO.

Sí señor, ella misma, la que me hace venir á darle á usted este consejo saludable, y á decirle, que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de usted, le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa usted que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene usted un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miras hácia otra parte. A Dios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á usted.

(Se aparta de ellos adelantándose hácia el proscenio.)

D. ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á usted pesadumbre, que alguna maraña hay oculta; y sobre todo, que no desprecia su obsequio de usted la que le envia ese recado.

D. GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

D. ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos.

(Los dos se entran en la casa de D. Enrique. Don Gregorio, despues de habertos observado, se pasea por el teatro.)

ESCENA IV.

DON GREGORIO. DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita.... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido.... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida.

(Mientras D. Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, Doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto: él por último se encamina à su casa, y le sorprende hallar à Doña Rosa.)

DOÑA ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion..... ¡Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

D. GREGORIO.

Vamos á verla y á contarla.... ¡Calle!
¿Qué estabas aquí?... Ya despaché mi
comision.

DOÑA ROSA.

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

D. GREGORIO.

Que ha surtido el efecto deseado, y
el hombre queda que no sabe lo que
le pasa. Al principio se me hacia el
desentendido; pero luego que le ase-
guré que tú propia me enviabas, se
confundió, no acertaba con las pala-
bras, y no me parece que te volverá á
molestar.

DOÑA ROSA.

¿Eso dice usted? Pues yo temo que
ese bribon nos ha de dar alguna pesa-
dumbre.

D. GREGORIO.

¿Pero en qué fundas ese temor, hija
mia?

DOÑA ROSA.

Apenas habia usted salido, me fui á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y.... ¿Qué le parece á usted que era?

D. GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú asi....

DOÑA ROSA.

No señor. Era este envoltorio de papel.

(Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole à D. Gregorio la caja y la carta.)

D. GREGORIO.

¡Calle!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

D. GREGORIO.

¡Oiga!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como usted la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y....

D. GREGORIO.

¡Picardía como ella!.... ¿Y el muchacho?

DOÑA ROSA.

El muchacho desapareció al instan-

te.... Mire usted, el corazon le tengo tan oprimido, que....

D. GREGORIO.

Bien te lo creo.

DOÑA ROSA.

Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la caja y la carta á ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de.... Porque atreverme yo á que usted mismo....

D. GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

DOÑA ROSA.

Pues tome usted.

(Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. D. Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademan de ir á abrir la carta: Doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.)

D. GREGORIO.

A mi señora Doña Rosa Jimenez. — Enrique de Cárdenas. ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe y....

DOÑA ROSA.

¡Ay! No por cierto: no la abra usted.

D. GREGORIO.

¿Y qué importa?

DOÑA ROSA.

¿Quiere usted que él se persuada á que yo he tenido la ligereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre la envíe; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion ninguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza,

y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

D. GREGORIO.

Tiene muchísima razon. (*Se aparta hácia un lado y vuelve despues á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.*) Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazoados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

DOÑA ROSA.

Pero si usted tiene gusto de leerla...

D. GREGORIO.

No, nada de eso.

DOÑA ROSA.

Léala usted si quiere, como no la oiga yo.

D. GREGORIO.

No, no señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Convie-

ne llevarla así. Voy allá en un instante.... Me llegaré despues aquí á la botica á encargar aquel unguentillo para los callos. Volveré á hacerte compañía, y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo*.... ¿Eh? A Dios.

DOÑA ROSA.

Venga usted pronto.

(*Se entra Doña Rosa en su casa.*)

ESCENA V.

DON GREGORIO. COSME.

D. GREGORIO.

El corazon me rebosa de alegría, al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo tengo en ella, de modestia y de juicio. ¡Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano seria capaz de proceder así. No señor; las mugeres son, lo que se quie-

re que sean.... (*Va à casa de D. Enrique y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se le pone todo en las manos, y se va por una calle.*) Deo gracias.

COSME.

¿Quién es? ¡Oh! señor Don....

D. GREGORIO.

Tome usted, dígame usted á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni á enviarla cajitas de oro: porque está muy enfadada con él.... Mire usted, cerrada viene. Dígame usted que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE. COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME.

Esta caja, con esta carta : que dice que usted ha enviado á Doña Rosita...

(D. Enrique le oye con admiracion , abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.)

D. ENRIQUE.

¡ Yo!

COSME.

La cual Doña Rosita se ha irritado tanto , segun él asegura , de este atrevimiento , que se la vuelve á usted sin haberla querido abrir... Lea usted pronto , y veremos si mi sospecha se verifica.

D. ENRIQUE.

« Esta carta le sorprenderá á usted » sin duda. El designio de escribírsela , » y el modo con que la pongo en sus » manos , parecerán demasiado atrevidos ; pero el estado en que me veo , » no me da lugar á otras atenciones. » La idea de que dentro de seis dias he » de casarme con el hombre que mas

» aborrezco , me determina á todo ; y
» no queriendo abandonarme á la de-
» sesperacion , elijo el partido de im-
» plorar de usted el favor que necesito
» para romper estas cadenas. Pero no
» crea usted que la inclinacion que le
» manifiesto sea únicamente procedida
» de mi suerte infeliz ; nace de mi pro-
» pio alvedrío. Las prendas estimables
» que veo en usted , las noticias que
» he procurado adquirir de su estado,
» de su conducta y de su calidad , ace-
» leran y disculpan esta determina-
» cion.... En usted consiste que yo
» pueda cuanto antes llamarme suya ;
» pues solo espero que me indique los
» designios de su amor , para que yo le
» haga saber lo que tengo resuelto. A
» Dios , y considere usted que el tiem-
» po vuela , y que dos corazones ena-
» morados con media palabra deben
» entenderse.»

COSME.

¿No le parece á usted que la astucia es de lo mas sutil que puede imaginarse? ¿Seria creible en una muchacha, tan ingeniosa travesura de amor?

D. ENRIQUE.

¡Esta muger es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion , acrecen la que yo la tengo: (*D. Gregorio sale por una de las calles , y se detiene. Despues se acerca.*) y unido todo á la juventud, á las gracias y á la hermosura....

COSME.

Que viene el tuerto. Discurra usted lo que le ha de decir.

ESCENA VII.

D. GREGORIO. D. ENRIQUE. COSME.

D. GREGORIO.

Allí se estan amo y criado como dos peles.... Con que , dígame usted , ca-

ballerito. ¿Volverá usted á enviar billetes amorosos, á quien no se los quiere leer? Usted pensaba encontrar una niña alegre, amiga de cochicheos y citas, y quebraderos de cabeza. Pues ya ve usted el chasco que le ha sucedido.... Créame, señor vecino, déjese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio: á usted no le puede ver ni pintado, con que lo mejor es una buena retirada, y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

D. ENRIQUE.

Es verdad: su mérito de usted es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de Doña Rosita, teniéndole á usted por competidor.

D. GREGORIO.

¡Ya se ve que era una locura!

D. ENRIQUE.

¡Oh! yo le aseguro á usted, que si hubiese llegado á presumir, que usted era ya dueño de aquel corazón; nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

D. GREGORIO.

¡Yo lo creo!

D. ENRIQUE.

Acabó mi esperanza, y renunció á una felicidad, que estando usted de por medio, no es para mí.

D. GREGORIO.

En lo cual hace usted muy bien.

D. ENRIQUE.

Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja: porque, al considerar las prendas que le adornan á usted, ¿cómo he de atreverme á culpar la elección de Doña Rosa, que las conoce y las estima?

D. GREGORIO.

Usted dice bien.

D. ENRIQUE.

No hay mas. Esta ventura no era para mí: desisto de un empeño tan imposible.... Pero, si algo merece con usted un amante infeliz, (*D. Enrique dará particular expresion á estas razones, y á las que dice mas adelante: deseoso de que D. Gregorio las perciba bien, y acierte á repetirlas.*) de cuya aflicción es usted la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre á Doña Rosita, que el amor que de tres meses á esta parte la estoy manifestando es el mas puro, el mas honesto; y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna, de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

D. GREGORIO.

Si: bien está: se lo diré.

D. ENRIQUE.

Que como era tan voluntaria esta

eleccion en mí, no tenia otro intento que el de ser su esposo; ni hubiera abandonado esta solicitud, si el cariño que á usted le tiene, no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

D. GREGORIO.

Bien, se lo diré lo mismo que usted me lo dice.

D. ENRIQUE.

Sí, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamas de su hermosura. Mi destino es amarla mientras me dure la vida; y si no fuese el justo respeto que me inspira su mérito de usted; no habria en el mundo ninguna otra consideracion, que fuese bastante á detenerme.

D. GREGORIO.

Usted habla y procede en eso como hombre de buena razon.... Voy al instante á decirla cuanto usted me encarga.... (*Hace que se va y vuelve.*) Pero, créame

usted, D. Enrique, es menester distraerse, alegrarse, y procurar que esa pasion se apague y se olvide. ¡Qué diantre! Usted es mozo y sugeto de circunstancias, con que es menester que.... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?... Con que.... ¡Eh! A Dios.

(Se aparta de ellos encaminándose à su casa. Don Enrique y Cosme se van, y entran en la suya.)

D. ENRIQUE.

¡Qué nécio es!

ESCENA VIII.

D. GREGORIO *(llama à su puerta y sale Doña Rosa.)* DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

Es increíble la turbacion que ha manifestado el hombre al ver su billete devuelto, y cerrado como él le envió.... Asunto concluido. Pierde toda

esperanza, y solo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga: que su amor es honestísimo: que no pensó que te ofendieras de verte amada: que su eleccion es libre: que aspiraba á poseerte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, seria un temerario en seguir adelante.... ¿Qué sé yo cuanto me dijo?... Que nunca te olvidará: que su destino le obliga á morir amándote.... Vamos, hipérboles de un hombre apasionado.... Pero, que reconoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia.... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio: eso si.... Compasion me daba el oírle.... Con que, y tú ¿qué dices á esto?

DOÑA ROSA.

Que no puedo sufrir que usted hable de esa manera de un hombre á

quien aborrezco de todo corazón; y que si usted me quisiera tanto como dice, participaría del enojo que me causan sus procederés atrevidos.

D. GREGORIO.

Pero él, Rosita, no sabía que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le....

DOÑA ROSA.

¿Y le parece á usted honesta intención la de querer robar á las doncellas? ¿Es hombre de honor el que concibe tal proyecto, y aspirar á casarse conmigo por fuerza, sacándome de su casa de usted: como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

D. GREGORIO.

¡Oiga! Con que....

DOÑA ROSA.

Sí señor, ese pícaro trata de obtener

me por medio de un rapto.... Yo no sé quién le da noticia de los secretos de esta casa, ni quién le ha dicho que usted pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar; lo cierto es que él quiere anticiparse, aprovechar una ocasion en que sepa que me he quedado sola, y robarme.... ¡Tiemblo de horror!

D. GREGORIO.

Vamos, que todo eso no es mas que hablar y.....

DOÑA ROSA.

Sí, como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion.... ¡Válganme Dios! ¿Y usted le disculpa?

D. GREGORIO.

No por cierto, si él ha dicho eso realmente, procede mal; y el chasco sería muy pesado.... Pero ¿quién te ha venido á contar á tí esas....

DOÑA ROSA.

Ahora mismo acabo de saberlo.

D. GREGORIO.

¿Ahora?

DOÑA ROSA.

Sí señor, despues que usted le volvió la carta.

D. GREGORIO.

Pero, chica, si no hice mas que llegarme abí á casa de D. Froilan el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y....

DOÑA ROSA.

Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré me puse á dar unas sopas á los gatitos, oigo llamar, y creyendo que fuese usted, bajé tan alegre.... Mi fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quien es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo: «Señorita, mi amo sabe que vive usted cautiva en poder de ese bruto que se quiere

casar con usted en esta semana próxima. No tiene usted que desconsolarse, Don Enrique la adora á usted, y es imposible que usted desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva usted prevenida, que de un instante á otro cuando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á usted en una casa de satisfaccion y.....” Yo no quise oír mas, me subí muy quedito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto.... Yo pensé que me daba algun accidente.

D. GREGORIO.

Ese era el bribón del lacayo.

DOÑA ROSA.

A la cuenta.

D. GREGORIO.

Pero se ve que este hombre es loco.

DOÑA ROSA.

No tanto como á usted le parece. Mire usted si sabe disimular el trai-

dor, y fingir delante de usted para engañarle con buenas palabras, mientras en su interior está meditando picardías.... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme expuesta á las tropelías de un hombre capaz de atreverse á las acciones mas infames.

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, no temas nada, que...

DOÑA ROSA.

No: esto pide una buena resolucion. Es menester que usted le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él, ni de obligarle á que desista de una persecucion tan obstinada.

D. GREGORIO.

Bien, pero no te desconsueles así,

mugercita mia; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

DOÑA ROSA.

Dígale usted, si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado á usted esta noticia. Que son vanos sus propósitos. Que por mas que lo intente no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de usted le hago saber mi determinacion, y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

D. GREGORIO.

¡Oh! sí.... Yo le diré cuanto sea necesario.

DOÑA ROSA.

Pero de manera que comprenda bien que soy yo la que se lo dice.

D. GREGORIO.

No, no le quedará duda, yo te lo aseguro.

DOÑA ROSA.

Pues bien. Mire usted que le aguardo con impaciencia, despáchese usted á venir. Cuando no le veo á usted, aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

D. GREGORIO.

Sí, éntrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros..... ¡Ay! ¡Qué ojos!.... ¡Eh! A Dios.... (Doña Rosa se entra en su casa y cierra.) En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo, no puede haberle.... (Da una vuelta por la escena lleno de inquietud y alegría, despues llama á la puerta de D. Enrique.) Digo, señor caballero galanteador, ¿podrá usted oirme dos palabras?

ESCENA IX.

DON ENRIQUE. COSME. D. GREGORIO.

D. ENRIQUE.

¡Oh! señor vecino, ¿qué novedad le trae á usted á mis puertas?

D. GREGORIO.

Sus extravagancias de usted.

D. ENRIQUE.

¿Cómo así?

D. GREGORIO.

Bien sabe usted lo que quiero decirle, no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre.... Yo pensé que usted fuese persona de mas formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto usted, con la mayor atencion y blandura; pero, hombre, ¿cómo ha de sufrir uno lo que us

ted hace sin saltar de cólera? ¿No tiene usted vergüenza, siendo un sugeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una muger honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas sus dichas? ¡Eh! que eso es indigno.

D. ENRIQUE.

¿Y quién le ha dado á usted noticias tan ajenas de verdad, señor D. Gregorio?

D. GREGORIO.

Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envia por última vez á decirle á usted que su eleccion es irrevocable, que sus planes de usted la ofenden, la horrorian, que si no quiere usted dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su

..

desatino, y salgamos de tanto embrollo.

(Empieza à obscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda à media luz.)

D. ENRIQUE.

Cierto que si ella misma hubiese dicho esas expresiones, no sería cordura insistir en un obsequio tan mal pagado, pero.....

D. GREGORIO.

¿Con que usted duda que sea verdad?

D. ENRIQUE.

¿Qué quiere usted, señor D. Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que....

D. GREGORIO.

Venga usted conmigo.

(Hasta el fin de la escena va y viene D. Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras adonde está Don Enrique para que le siga.)

D. ENRIQUE.

Porque al fin, como usted tiene tanto interes en que yo me desespere y....

D. GREGORIO.

Venga usted, venga usted..... Rosa.

D. ENRIQUE.

No es decir esto que usted....

D. GREGORIO.

Nada. No hay que disputar. Si quiero que usted se desengañe..... Rosita. Niña.

D. ENRIQUE.

¡Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!.....

D. GREGORIO.

Usted lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

DOÑA ROSA. D. ENRIQUE. D. GREGORIO. COSME.

DOÑA ROSA.

¿Qué es esto? (*Sorprendida al ver á D. Enrique.*) ¿Viene usted á interceder por él? ¿A recomendármele para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á su insolente amor?

D. GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es

tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

DOÑA ROSA.

¿Pues no le he manifestado á usted ya cuál es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿De qué manera debo decírselo?

D. ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de usted, y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que usted le pronuncie delante de mí.

DOÑA ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á usted ha sido por instancias mías, y no ha hecho en esto otra cosa que manifes-

tarle á usted los íntimos afectos de mi corazón.

D. GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero....

D. GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar

á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

D. GREGORIO.

¿Lo ve usted?... Sí, monita, sí: yo cuidaré de cumplir tus deseos.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

(Manifiesta en la expresion de sus palabras que las dirige à D. Enrique, y en sus acciones que habla con Don Gregorio.)

D. GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

DOÑA ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad.....

D. GREGORIO.

No hay mal en eso.

DOÑA ROSA.

Pero en mi situacion bien puede di-

simularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

D. GREGORIO.

Sí, pobrecita mia.... Sí, morenilla de mi alma.

DOÑA ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

D. GREGORIO.

Ven aqui, perlita (*Abraza à Doña Rosa, ella extiende la mano izquierda, y D. Enrique que està detrás de D. Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante*), consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha... Vamos, no te me angusties: calla, que.... Amigo (*Volviéndose muy satisfecho à hablar à D. Enrique*), ya lo ve usted. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

D. ENRIQUE.

Bien está, señora, usted se ha explicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre, que no ha tenido la fortuna de agradarla.

DOÑA ROSA.

No puede usted hacerme favor mas grande; porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que....

D. GREGORIO.

Vaya, vamos: que eso ya es demasiado.

DOÑA ROSA.

¿Le ofendo á usted en decir esto?

D. GREGORIO.

No por cierto.... ¡Válgame Dios! No es eso; sino que también da lástima verle sopetear de esa manera.... Una aversion tan excesiva....

DOÑA ROSA.

Por mucho que le manifieste , mayor se la tengo.

D. ENRIQUE.

Usted quedará servida, señora Doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de usted una persona que tanto la ofende.

DOÑA ROSA.

Vaya usted con Dios , y cumpla su palabra.

D. GREGORIO.

Señor vecino : yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á usted este mal rato , pero....

D. ENRIQUE.

No : no crea usted que yo lleve el menor resentimiento ; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia , atendido el mérito de entrambos. A mí me toca solo callar , y cumplir cuanto antes me sea

posible lo que acabo de prometerla. Señor D. Gregorio, me repito á la disposicion de usted.

D. GREGORIO.

Vaya usted con Dios.

D. ENRIQUE.

Vamos pronto de aquí, Cosme, que rebiento de risa.

(Retirándose hácia su casa: entran en ella los dos, y se cierra la puerta.)

ESCENA XI.

DON GREGORIO. DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

De veras te digo que este hombre me da compasion.

DOÑA ROSA.

Ande usted que no merece tanta como usted piensa.

D. GREGORIO.

Por lo demas , hija mia : es mucho lo que me lisonjea tu amor , y quiero darle toda la recompensa que merece... Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia..... Mañana mismo quedaremos casados y....

DOÑA ROSA.

¿Mañana ? (*Turbada.*)

D. GREGORIO.

Sin falta ninguna.... Ya veo á lo que te obliga el pudor , pobrecilla. Y haces como que repugnas , lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco ?

DOÑA ROSA.

Pero....

D. GREGORIO.

Sí , amiguita , mañana serás mi mujer. Ahora mismo voy antes que obscurezca , aquí á casa de D. Simplicio el escribano , para que esté avisado ,

y no haya dilacion. A Dios hechicera.

(D. Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa y cierra.)

DOÑA ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré, para evitar este golpe?



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.)

DOÑA ROSA. D. GREGORIO.**DOÑA ROSA.**

No hay otro medio.... Si me detengo un instante, vuelve, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana.... No... Primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á D. Manuel; pidiéndoles amparo, consejo.... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante; y él dispondrá cuanto

fuere menester, sin que mi decoro padezca.... (*D. Gregorio sale por una calle à tiempo que Doña Rosa se encamina à casa de su hermana : se detiene, y al conocerle duda lo que ha de hacer.*) Vamos, pero.... Gente viene.... Y es él.... ¡Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

D. GREGORIO.

¿Quién está ahí? ¿Eh? ¡Calle! ¡Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es esta?

DOÑA ROSA.

¿Qué le diré?

D. GREGORIO.

¿Qué haces aquí, niña?

DOÑA ROSA.

Usted lo extrañará.

(*Indica en la expresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.*)

D. GREGORIO.

¿Pues, no he de extrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

DOÑA ROSA.

Estoy tan confusa y....

D. GREGORIO.

Vamos: no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

DOÑA ROSA.

Se enfadará usted si le digo...

D. GREGORIO.

No me enfadaré. Dilo presto.... Vamos.

DOÑA ROSA.

Sí: precisamente se va usted á enojar; pero.... Pues, tenemos una huésped.

D. GREGORIO.

¿Quién?

DOÑA ROSA.

Mi hermana.

D. GREGORIO.

¿Cómo?

DOÑA ROSA.

Sí señor: en mi cuarto la dejo en-

cerrada con llave, para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á Doña Ceferina, la viuda del pintor: á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa; porque al cabo, estando ella conmigo.... Como es una muger de tanto juicio, y....

D. GREGORIO.

¿Pero, qué enredo es este, señor? Que hasta ahora, lléveme el diablo, si yo he podido entender cosa ninguna.... ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Ha venido.... Mire usted, le voy á revelar un secreto, que le va á dejar aturdido.... Pero, no se ha de enfadar usted, ¿no?

D. GREGORIO.

¡Dale!.... ¿Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Yo se lo diré á usted.... Mi hermana está enamorada de D. Enrique.

D. GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

DOÑA ROSA.

Sí señor. Hace mas de un año que se quieren, y cuasi al mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Afligidos, pretextando Leonor que queria vivir cerca de mi casa; no siendo otro el motivo, que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente D. Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle: aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de D. Manuel.

D. GREGORIO.

Pero este D. Enrique ó don demo-

nio, ¿á cuántas quiere? ¡Si yo estoy lelo!

DOÑA ROSA.

Yo le diré á usted. Continuaron estos amores hasta que D. Enrique, zeloso de un D. Antonio de Escobar, oficial de la secretaría de guerra, con quien la vió una tarde en el jardin Botánico, la envió un papel de despedida lleno de expresiones amargas, y desde entonces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente ademas pagar con zelos que él la diese, los que le habia causado el tal D. Antonio; y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de Don Enrique, pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada

esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trasto) resolví decirle á usted lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demas para que la estimacion de mi hermana no padeciese.... ¿Qué hubiera usted hecho en este apuro? ¿No hubiera usted hecho lo mismo?

D. GREGORIO.

Con que.... Adelante.

DOÑA ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso D. Enrique, por medio de usted, cuánto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese, pero yo le aseguré que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de Doña Beatriz para estorbármelo, usted no quiso

que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á usted aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe usted, pero falta decirle que asi que usted me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y..... Vaya, no es posible ponderarle á usted la afliccion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque Doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar á Don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto que da al jardin. Con este

engaño se propone hablarle, y dar á sus zelos cuantas satisfacciones quiera pedirla.

D. GREGORIO.

¡Picarona! ¡enredadora! ¡desenvuelta!.... Y bien, ¿tú qué la has dicho?

DOÑA ROSA.

Amenazarla de que usted y D. Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello: afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

D. GREGORIO.

¿Y ella?

DOÑA ROSA.

Ella me respondió, que si no la sacan arrastrando de los cabellos no se irá. Qué en hablando con D. Enrique y desvaneciendo sus quejas, ni á usted, ni á D. Manuel, ni á todo el mundo teme.

D. GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas.... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que.... Vamos.

(Quiere entrar en su casa, y Doña Rosa le detiene.)

DOÑA ROSA.

No señor, por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa, ó á lo menos á la de Doña Beatriz, si teme que Don Manuel extrañe ahora su vuelta.

(Hace que se va hácia su casa y vuelve.)

D. GREGORIO.

Muy bien, aquí espero á que salga.

DOÑA ROSA.

Pero no se descubra usted, no la hable, no se acerque, no la siga.... Si le viese á usted sería tanta su confusión y sobresalto, que pudiera darla un accidente.... Si ella quiere enmendar este desacierto aun hay remedio, y mucho mas si ese hombre se va como ha prometido.... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero por Dios, retírese usted y no trate de molestarla.

D. GREGORIO.

¡Marta la piadosa!.... ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

DOÑA ROSA.

Es mi hermana.

D. GREGORIO.

¡Y qué poco se parece á tí la dichosa hermana!..... Vamos, entra y veremos si logras lo que te propones.

DOÑA ROSA.

Yo creo que sí.

D. GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

DOÑA ROSA.

No será menester. Voy allá..... (*Hace que se va y vuelve.*) Pero repito que no se descubra usted, ni la ostigue, ni....

D. GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

DOÑA ROSA.

¡Ah! mire usted. (*Se encamina hácia su casa y vuelve.*) Asi que ella salga, éntrese usted y cierre bien su puerta.... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

D. GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

DOÑA ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele, pero deseo descansar y dormir... Con que... Buenas noches.

D. GREGORIO.

A Dios, Rosita..... Pero mira que si no sale....

DOÑA ROSA.

Yo le aseguro á usted que saldrá.

(Éntrase dejando entornada la puerta. D. Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hacia su casa, impaciente del éxito.)

D. GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion.... ¡La niña y su alma!.... Bien que ¿cómo habia de resultar otra cosa de la independenciam y la holgura en que siempre ha vivido?..... ¡Mugeres!

¡Qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os zela y os guarda!.... Pero no señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon.... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada mártes con estos embudos? No por cierto.... Allá mi hermano verá lo que... ¡Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(Se acerca mas à un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro Doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.)

DOÑA ROSA.

No te causes en quererme persuadir. Vete.... Antes que todo es mi estimacion.... Vete, Leonor, ya te lo he dicho.... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

D. GREGORIO.

En efecto la echa de casa.... (*Sale Doña Rosa de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes à las que sacó Doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra D. Gregorio su puerta y guarda la llave.*) ¿Y adonde irá la doncellita menesterosa?..... Ganas me dan de.... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

D. ENRIQUE. COSME. (*Salen de su casa.*)

DOÑA ROSA. D. GREGORIO.

D. ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Sí señor.

D. ENRIQUE

Pues cierra y vamos, que aunque se-

pa atropellar por todo he de hablarla esta noche.

(Cierra Cosme la puerta con llave.)

COSME.

¡Noche toledana!

D. ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(Doña Rosa, despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de D. Manuel : D. Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.)

DOÑA ROSA.

Él se acerca á la puerta de D. Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible...

(Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.)

¡Infeliz de mí!

D. ENRIQUE.

¿Quién es?

DOÑA ROSA.

Yo.

D. ENRIQUE.

¿Doña Rosita?

DOÑA ROSA.

Yo soy.

D. ENRIQUE.

A mi casa.

DOÑA ROSA.

¿Pero qué seguridad tendré en ella?

D. ENRIQUE.

La que debe usted esperar de un hombre de honor.

DOÑA ROSA.

Yo iba á la de mi hermana, pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y....

D. ENRIQUE.

Está usted conmigo.... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, muger anciana y virtuosa.... Mañana daré parte á un juez, y á él á D. Manuel, á su tutor de usted, y á todo el mundo,

les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á exponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga usted.

(Cosme abre la puerta de la casa de D. Enrique.)

DOÑA ROSA.

Allí está.

D. ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

DOÑA ROSA.

Allí, allí.

D. ENRIQUE.

Sí, ya le distingo.... No hay que temer, quieto se está.... ¡Y qué bien hace en estarse quieto!.... Adentro.

(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.)

D. GREGORIO.

Pues señor, se marchó á casa del galan. No puede llegar á mas el abando-

no y la.... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!.... Vamos á darle la infausta noticia.... (*Se encamina á casa de Don Manuel, despues se detiene.*) No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo.... Al fin es hija de un amigo mio..... Sí, mejor es..... Allí pienso que ha de vivir el comisario....

(*Va en casa del comisario y llama.*)

ESCENA III.

UN COMISARIO. UN ESCRIBANO. UN CRIADO. (*Salen los tres por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.*) D. GREGORIO.

COMISARIO.

¿Quién anda ahí?

D. GREGORIO.

¡Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de usted.

D. GREGORIO.

Pues señor..... Oiga usted aparte..... (*Se aparta con el Comisario à poca distancia de los demas.*) Su presencia de usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder..... ¿Conoce usted á una señorita que se llama Do-

ña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Sí, de vista la conozco y al caballero que la tiene consigo..... Y me parece que ha de ser un D. Manuel de Velasco.

D. GREGORIO.

Hermano mío.

COMISARIO.

¡Oiga! ¿Es usted su hermano?

D. GREGORIO.

Para servir á usted.

COMISARIO.

Para hacerme favor.

D. GREGORIO.

Pues el caso es, que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aquí en este cuarto principal....

COMISARIO.

¡Calle! D. Enrique de Cárdenas: le conozco mucho.

D. GREGORIO.

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse á la de su amante.... Vamos, ya usted conoce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO.

Sí.... en efecto.

D. GREGORIO.

Ello hay de por medio no sé que papel de matrimonio; pero no ignora usted de lo que sirven esos papeles, cuando cesa el motivo que los dictó.... ¡Eh! ¿me explico?

COMISARIO.

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

D. GREGORIO.

Ahora mismo acaba de entrar.... Con que, señor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de im-

pedir que el tal caballero.... Ya ve usted.

COMISARIO.

Sí, sí, es cosa urgente. Vamos.... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil....
(Alza un poco la voz volviéndose hacia el escribano que está detras, el cual se acerca à ellos muy oficioso.)
 Es escribano....

ESCRIBANO.

Escribano real.

D. GREGORIO.

Ya.

ESCRIBANO.

Y antiguo.

D. GREGORIO.

Mejor.

ESCRIBANO.

Mucha práctica de tribunales.

D. GREGORIO.

Bueno.

ESCRIBANO.

Cocido en testamentarias, subastas,

inventarios, despojos, secuestros y....

D. GREGORIO.

No, ahí no hallará usted cosa en que poder....

ESCRIBANO.

Y muy hombre de bien.

D. GREGORIO.

Por supuesto.

ESCRIBANO.

Es que....

COMISARIO.

Vamos, D. Lázaro: que esto pide mucha diligencia.

D. GREGORIO.

Yo aquí espero.

COMISARIO.

Muy bien....

(Llama el criado à la puerta de D. Enrique, se abre, y entran los tres. La escena vuelve à quedar obscura.)

ESCENA IV.

D. GREGORIO. D. MANUEL.

D. GREGORIO.

Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contaremos la amarga historia.... (*Llama en casa de D. Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y D. Gregorio se pasea esperando à su hermano.*) ¿Está? Que baje inmediatamente, que le espero aquí parará un asunto de mucha importancia.... ¡Bendito Dios! ¡en lo que han parado tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Qué lástima de tutor! Vaya si.... Majadero mas completo y mas pagado de su dictámen.... ¡Oh señor hermano!

(*D. Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato à ella.*)

D. MANUEL.

Pero ¿que extravagancia es esta?
¿Porqué no subes?

D. GREGORIO.

Porque tengo que hablarte, y no me
puedo separar de aquí.

D. MANUEL.

Enhorabuena.... (*Adelantándose hácia donde
está D. Gregorio.*) ¿Y qué se te ofrece?

D. GREGORIO.

Vengo á darte muy buenas noticias.

D. MANUEL.

¿De qué?

D. GREGORIO.

Sí: te vas á regocijar mucho con
ellas.... Díme: ¿mi señora Doña Leo-
nor, en dónde está?

D. MANUEL.

¿Pues no lo sabes? En casa de su
amiga Doña Beatriz. Allí quedó esta-
tarde: yo me vine, porque tenia una
porcion de cartas que escribir, y su-

pongo que ya no puede tardar. De un instante á otro.... Pero, ¿á qué viene esa pregunta?

D. GREGORIO.

¡Eh! Así, por hablar algo....

D. MANUEL.

¿Pero qué quieres decirme?

D. GREGORIO.

Nada... Que tú la has educado filosóficamente: persuadido (y con mucha razon) de que las mugeres necesitan un poco de libertad: que no es conveniente reprehenderlas, ni oprimirlas, que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud; sino la indulgencia, la blandura y... En fin, prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡Ya se ve! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su maestro.

D. MANUEL.

Te aseguro que no comprendo á que

propósito puede venir nada de cuanto dices.

D. GREGORIO.

Anda, necio, que bien merecido está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presuncion.... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas, la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes; y la otra, como una muger perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

D. MANUEL.

Si no me declaras el misterio, dígame que...

D. GREGORIO.

El misterio es: que tu pupila no está donde piensas, sino en casa de un caballerito, del cual se ha enamorado rematadamente; y sola y de noche, y burlándose de tí, ha ido á bus-

car mejor compañía.... ¿Lo entiendes ahora?

D. MANUEL.

¿Dices que Leonor....

D. GREGORIO.

Sí señor, la misma....

D. MANUEL.

Vaya: déjate de chanzas, y no me....

D. GREGORIO.

¡Si, que el niño es chancero!... ¡Se dará tal estupidez! Dígole á usted, señor hermano, y vuelvo á repetírselo: que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galan, y está con él, y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hace mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio, á pesar de todas tus filosofías... ¿Lo entiendes?

D. MANUEL.

Pero es una cosa tan agena de verisimilitud....

D. GREGORIO.

¡ Dale !... Vamos : aunque lo vea por sus ojos , no se lo harán creer.... ¡ Cómo me repudre la sangre !... Amigo : dígotte que los años sirven de muy poco , cuando no hay esto , esto. (*Señalándose con el dedo en la frente.*)

D. MANUEL.

Ello es que tú te persuades á que....

D. GREGORIO.

Figúrate si me habré persuadido.... Pero , mira : no gastemos prosa.... Ven y lo verás ; y en viéndolo , espero y confio que te persuadirás tambien. Vamos. (*Se encamina á casa de D. Enrique , y despues vuelve.*)

D. MANUEL.

¡ Haber cometido tal exceso ! ¡ cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad , cuando la he prometido mil veces no violentar , no contradecir sus inclinaciones !

D. GREGORIO.

Ya temia yo que no habia de ser creido, y que perderiamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa muger; siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allá, y vea de arreglarlo: de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

D. MANUEL.

¿Eso hay?

D. GREGORIO.

¡Toma! Ya están allá el comisario y un escribano que venia con él.... Digo: á no ser que usted halle en sus libros algun texto oportuno, para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz, y casarse con ella.... ¿Eh?

D. MANUEL.

¿Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazón que ya tiene otro dueño.... Pero, á pesar de cuanto dices, todavía no me puedo reducir á....

D. GREGORIO.

¡Qué terco es!... Ven conmigo y acabemos esta disputa impertinente.

(Se encamina con su hermano hácia casa de Don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena III.)

ESCENA V.

EL COMISARIO. UN CRIADO. D. GREGORIO. D. MANUEL.

COMISARIO.

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia.... Los dos se quieren, son libres, de igual calidad.... No



hay otra cosa que hacer; si no depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana.... Las leyes protegen este matrimonio, y le autorizan.

D. GREGORIO.

¿Qué te parece?

D. MANUEL.

¿Qué me ha de parecer?... Que se casen. (*Reprimiéndose.*)

D. GREGORIO.

Pues, señor. Que se casen.

COMISARIO.

Diré á usted, señor D. Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi muger y de mis hijas, estaría, si no con las comodidades que merece, á lo menos con la que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si usted permite que

vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á usted para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

D. MANUEL.

Ninguna.... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO.

Volveré con ella muy pronto.

(Se entra con el criado en casa de Don Enrique. El teatro queda obscuro otra vez.)

D. GREGORIO.

No me queda otra cosa que ver.....
¿Pero cual es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa despues de lo que ha hecho; que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela despues tal y tan buena?... ¡Ay! Si no

es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya.... No puede ser.

D. MANUEL.

No lo entiendes, Gregorio..... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien.... Yo la recibo por la misma razon. Para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisva y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder, comparado al suyo..... Pero..... ¡Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

D. GREGORIO.

Calla, que.... *(Salen por una calle Doña Leo-*

nor, Juliana, y el lacayo con un farol; y habiendo pasado ya por delante de la puerta de D. Enrique, al volverse D. Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.) Sí...

Ahí la tienes. Pídela perdon.

D. MANUEL.

¡Yo! ¡Qué mal me conoces!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR. JULIANA. UN LACAYO.

D. MANUEL. D. GREGORIO.

D. MANUEL.

Leonor, no temas ningun exceso de cólera en mí, bien sabes cuánto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo.... No, no esperaba recibir de

tí tan injusta correspondencia..... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme, y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo el esposo que has querido elegir.

DOÑA LEONOR.

Yo no entiendo, señor D. Manuel, á qué se dirige ese discurso.... ¿Qué accion indecorosa? ¿qué agravio? ¿qué esposo es ese de quien usted me habla?..... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de usted, mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables..... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una muger honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

D. MANUEL.

¿Oyes lo que dice?

(Volviéndose à D. Gregorio.)

D. GREGORIO.

Ya se ve que lo oigo..... *(Acercándose à Doña Leonor.)* Con que, Leonorcita..... Ahorremos palabras.... ¿De dónde vienes, hija?

DOÑA LEONOR.

De casa de Doña Beatriz.

D. GREGORIO.

¿Ahora vienes de allí, cordera?

DOÑA LEONOR.

Ahora mismo.... ¿No ve usted á Pepe que nos ha venido á acompañar?

D. GREGORIO.

¿Y no sales de casa de D. Enrique?

DOÑA LEONOR.

¿De quién? ¿De ese que vive aquí, en.... ¡Eh! no por cierto.

D. GREGORIO.

¿Y no habeis concertado vuestro casamiento á presencia del comisario?

DOÑA LEONOR.

Me hace reir.... ¿Ves qué desatino, Juliana?

D. GREGORIO.

¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

DOÑA LEONOR.

Muchísimo tiempo.... ¿Y qué mas?

D. GREGORIO.

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿y no te hicieron salir de allí? ¿y no te fuiste derechita á la de tu galan? ¿y no te ví yo?

DOÑA LEONOR.

Esto pasa de chanza. Usted no sabe lo que se dice.... (*Asiendo del brazo á D. Manuel se dirige hácia su casa.*) Vamos á casa Don Manuel, que ese hombre ha perdido

el poco entendimiento que tenia: vamos.

ESCENA VII.

DOÑA ROSA. D. ENRIQUE. EL COMISARIO. EL ESCRIBANO. COSME. UN CRIADO. DOÑA LEONOR. JULIANA. UN LACAYO. D. MANUEL. D. GREGORIO.

(El criado saldrá con linterna. La luz del teatro se duplica.)

DOÑA ROSA.

¡Leonor!.... ¡Hermana!....

(Corriendo hacia Doña Leonor la coge de las manos y se las besa.)

D. GREGORIO.

¡Huf!....

(Al reconocer á Doña Rosa, se aparta lleno de confusion.)

DOÑA ROSA.

Yo espero de tu buen corazon que

has de perdonarme el atrevimiento con que me valí de tu nombre para conseguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

DOÑA LEONOR.

Todo lo conozco, Rosita.... La elección que has hecho no me parece des acertada, repruebo solamente los medios de que te has valido..... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

DOÑA ROSA.

Cuanto digas es cierto, pero.... (*Volviéndose á D. Gregorio que permanece absorto y sin movimiento.*) Usted ha sido la causa de tanto error, usted.... No me atrevería á presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo.... La aversion que us-

ted logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices.... Tal vez usted me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera usted sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

D. ENRIQUE.

Dice bien, y usted debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

D. MANUEL.

(Acercándose à D. Gregorio.) Esto pide resignacion, hermano..... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

DOÑA LEONOR.

Y hará muy mal en no conformarse, porque ni hay otro remedio á lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA.

Y conocerá que á las mugeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡Hombre mas tonto!

COSME.

(Hablando con Juliana.) Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

D. GREGORIO.

(No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energia de su expresion.)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy.... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita muger.... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y.... ¡Ah! ¡Desdichado del que á vista de lo que á mí me sucede se fie de

ninguna! La mejor es un abismo de malicias y picardías: sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres.... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio si quiere llevarsele.

(Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.)

D. MANUEL.

No dice bien.... Las mugeres dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano.... Con que, señor Comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

DOÑA ROSA.

¿La mia no mas?

D. MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha con tanta dificultad crei-

da, no sería D. Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

DOÑA LEONOR.

Hoy es dia de perdonar.

DOÑA ROSA.

Sí, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

DOÑA LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

D. MANUEL.

¡Querida Leonor!

(Se abrazan D. Manuel y Doña Leonor.)

JULIANA.

¡Excelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

PERSONAS
DON GERMÁN
DOÑA PAULA
EL MÉDICO A PALOS.

COMEDIA.
DON GERMÁN
DOÑA PAULA
EL MÉDICO A PALOS.
DON GERMÁN
DOÑA PAULA
EL MÉDICO A PALOS.

Vertere modum, formidine fustis,

HORAT. EPÍST. I. LIB. II.

PERSONAS.

DON GERONIMO.

DOÑA PAULA.

LEANDRO.

ANDREA.

BARTOLO.

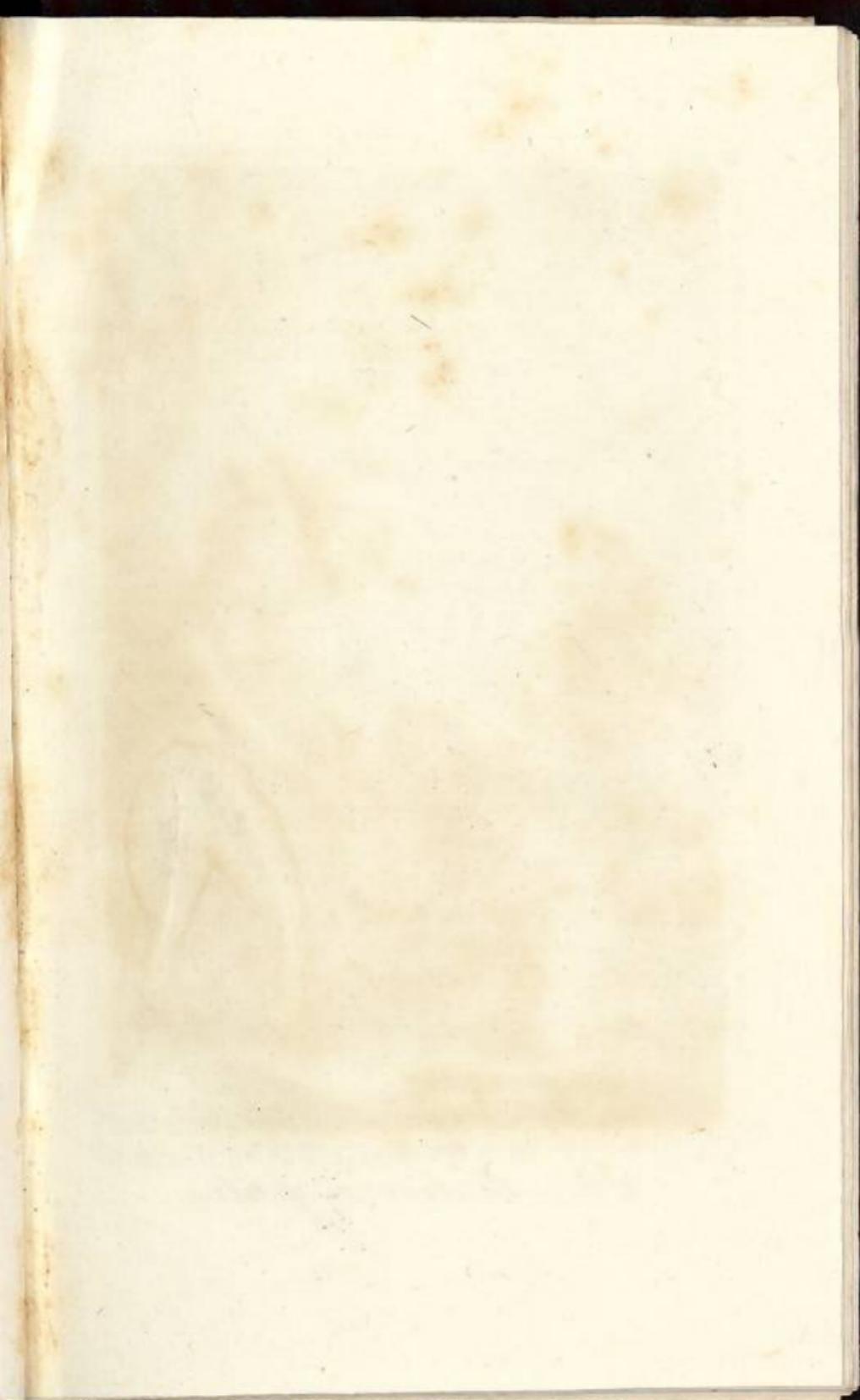
MARTINA.

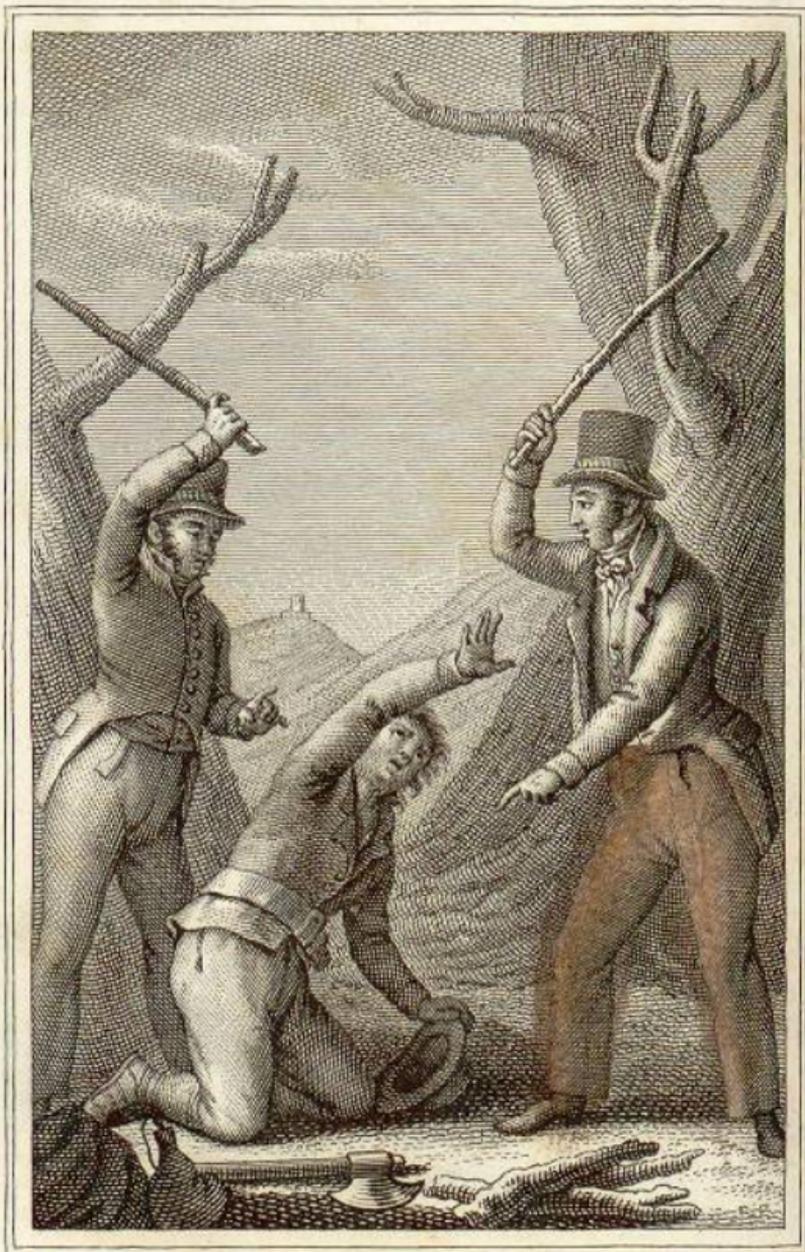
GINÉS.

LUCAS.

— La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro, y otras dos á los lados.

La accion empieza á las once de la mañana, y se acaba á las cuatro de la tarde.





B. Planella d.

Amilla g.

El Médico á palos.

EL MÉDICO Á PALOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

BARTOLO. MARTINA.

BARTOLO.

¡Válgate Dios y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte.... *(Corta leña de un árbol inmediato al foro: deja despues el hacha arrimada al tronco, se adelanta hácia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y estabon, enciende un cigarro y se pone á fumar.)* ¡Mucho trabajo es este!..... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo y no puedo mas.... Dejémoslo y será lo mejor, que ahí se que-

BARTOLO.

¿Si soy hábil? A ver, á ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.

Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

Haragán, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligación.

BARTOLO.

Mira, muger, que me vas enfadando.

(Se levanta desmerezándose, encaminase hácia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.)

MARTINA.

¿Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.

Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.

¿A mí? bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO.

¿Sí? Pues toma. (*Da de palos à Martina.*)

MARTINA.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

BARTOLO.

Este es el único medio de que calles.... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Despues de haberme puesto así?

BARTOLO.

¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.

BARTOLO.

Mal hayan mis manos que han sido

causa de enfadar á mi esposa.... Vaya, ven, dame un abrazo.

(Tira el palo á un lado y la abraza.)

MARTINA.

¡Si reventáras!

BARTOLO.

Vaya, si se muere por mí la pobrecita.... Perdóname, hija mia. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó menos no valen nada..... Voy hácia el barranquitero, que ya tengo allí una porcion de raices, haré una carguilla y mañana con la burra la llevaremos á Miraflores. *(Hace que se va y vuelve.)* Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago, si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedras azules.

(Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado, hablando entre sí.)

MARTINA.

Anda, que tú me las pagarás... Verdad es que una muger siempre tiene en su mano el modo de vengarse de su marido; pero es un castigo muy delicado para este bribon, y yo quisiera otro, otro que él sintiera mas, aunque á mí no me agradase tanto.

ESCENA II.

MARTINA. GINÉS. LUCAS. (*Salen por la izquierda.*)

LUCAS.

Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision.... Y no sé yo todavía que regalo tendremos por este trabajo.

GINÉS.

¿Qué quieres, amigo Lucas? Es fuerza obedecer á nuestro amo; ademas

que la salud de su hija á todos nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa.... Vaya, todo se lo merece.

LUCAS.

Pero, hombre, fuerte cosa es que los médicos que han ido á visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINÉS.

Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es lo que necesitamos.

MARTINA.

(*Aparte.* ¡Qué no pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme!)

LUCAS.

Veremos si este médico de Miraflores acierta con ello.... Como no háyamos equivocado la senda....

MARTINA.

(*Aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.* Pues ello es preciso, que los

golpes que acaba de darme los tengo en el corazón. No puedo olvidarlos.... Pero, señores, perdonen ustedes que no los había visto, porque estaba distraída.

LUCAS.

¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

MARTINA.

Sí señor. (*Señalando adentro por el lado derecho.*) ¿Ve usted aquellas tapias caídas junto á aquel nogueron? Pues todo derecho.

GINÉS.

¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA.

¡Ay! sí señor. Curaba en griego, pero hace dos días que se ha muerto en

español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINÉS.

¿Qué dice usted?

MARTINA.

Lo que usted oye. ¿Y para quién le iban ustedes á buscar?

LUCAS.

Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

MARTINA.

¡Ah! sí. La hija de D. Gerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LUCAS.

¿Que sé yo? Un mal que nadie le entiende, de el cual ha venido á perder el habla.

MARTINA.

¡Qué lástima! Pues.... (*Aparte con expresion de complacencia.* ¡Ay que idea me ocurre!) Pues mire usted, aquí tenemos el hombre mas sabio del mundo, que

hace prodigios en esos males desesperados.

GINÉS.

¿De veras?

MARTINA.

Sí señor.

LUCAS.

¿Y en dónde le podemos encontrar?

MARTINA.

Cortando leña en ese monte.

GINÉS.

Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARTINA.

No señor. Es un hombre extravagante y lunático: va vestido como un pobre patán: hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINÉS.

Cierto que es cosa admirable, que

todos los grandes hombres hayan de tener siempre algun ramo de locura, mezclada con su ciencia.

MARTINA.

La manía de este hombre es la mas particular que se ha visto. No confesará su capacidad, á menos que no le muelan el cuerpo á palos; y así les aviso á ustedes, que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINÉS.

¡Qué extraña locura!

LUCAS.

¿Habrás visto hombre mas original?

GINÉS.

¿Y cómo se llama?

MARTINA.

Don Bartolo. Fácilmente le conocerán ustedes. Él es un hombre de corta estatura, morenillo, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrero redondo.

LUCAS.

No se me despintará, no.

GINÉS.

¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA.

¿Curas dice usted? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre muger: ya iban á enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle, por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó á la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de yo no

sé que, y la muerta se levantó tan alegre, cantando el frondoso.

GINÉS.

¿Es posible?

MARTINA.

Como que yo lo ví. Mire usted, aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues, señor, llamaron á Don Bartolo, él no queria ir allá; pero mediante una buena paliza, lograron que fuese. Sacó un cierto unguento que llevaba en un pucherete y con una pluma le fué untando, untando al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pié, y se fué corriendo á jugar á la rayuela con los otros chicos.

LUCAS.

Pues ese hombre es el que nece-

sitamos nosotros. Vamos á buscarle.

MARTINA.

Pero, sobre todo, acuérdense ustedes de la advertencia de los garrotazos.

GINÉS.

Ya, ya estamos en eso.

MARTINA.

Allí debajo de aquel árbol hallarán ustedes cuantas estacas necesiten.

LUCAS.

¿Sí? Voy por un par de ellas. (*Coge el palo que dejó en el suelo Bartolo, va hácia el foro y coge otro, vuelve, y se le da á Ginés.*)

GINÉS.

¡Fuerte cosa es, que haya de ser preciso valerse de este medio!

MARTINA.

Y si no, todo será inútil. (*Hace que se va, y vuelve.*) ¡Ah! otra cosa. Cuiden ustedes de que no se les escape, porque corre como un gamo, y si les coge á

ustedes la delantera, no le vuelven á ver en su vida. (*Mirando hácia dentro á la parte del foro.*) Pero, me parece que viene. Sí, aquel es. Yo me voy: hábanle ustedes, y si no quiere hacer bondad, menudito en él. A Dios señores.

ESCENA III.

GINÉS. LUCAS.

LUCAS.

Fortuna ha sido haber hallado á esta muger. Pero, ¿no ves qué traza de médico aquella?

(*Los dos miran hácia el foro.*)

GINÉS.

Ya lo veo.... Mira, retirémonos uno á un lado, y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?

LUCAS.

Sí.

GINÉS.

Y solo en el caso de que absolutamente sea preciso....

LUCAS.

Bien... Entonces me haces una seña, y le ponemos como nuevo.

GINÉS.

Pues apartémonos, que ya llega.
(*Ocúltanse à los dos lados del teatro.*)

ESCENA IV.

GINÉS. LUCAS. BARTOLO.

(*Salen del monte, con el hacha y las alforjas al hombro, cantando; siéntase en el suelo en medio del teatro y saca de las alforjas una bota.*)

BARTOLO.

En el alcazar de Venus,
Junto al Dios de los planetas,
En la gran Constantinopla,
Allá en la casa de Meca:

Donde el gran Sultan Bajá
Imperio de tantas fuerzas,
Aquel alcoran que todos
Le pagan tributo en perlas:
Rey de setenta y tres reyes,
De siete imperios.... (*Bebe.*)
De siete imperios cabeza :
Este tal tiene una hija
Que es del imperio heredera.

(Vuelve à beber , va à poner la bota al lado por donde sale Lucas , el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. Bartolo , sospechando que es para quitarle la bota , va à ponerla al otro lado à tiempo que sale Ginés haciendo lo mismo que Lucas. Bartolo pone la bota entre las piernas , y la tapa con las alforjas.)

Arre allá diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota.... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos , porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINÉS.

¿Es usted un caballero que se llama el señor Don Bartolo?

BARTOLO.

¿Y qué?

GINÉS.

¿Que si se llama usted D. Bartolo?

BARTOLO.

No, y sí: conforme lo que ustedes quieran.

GINÉS.

Queremos hacerle á usted cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO.

Si así es, yo me llamo D. Bartolo.
(*Quítase el sombrero y le deja á un lado.*)

LUCAS.

Pues con toda cortesía....

GINÉS.

Y con la mayor reverencia....

LUCAS.

Con todo cariño, suavidad y dulzura....

GINÉS.

Y con todo respeto, y con la veneracion mas humilde....

BARTOLO.

(*Aparte.* Parecen Arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.)

GINÉS.

Pues, señor, venimos á implorar su auxilio de usted para una cosa muy importante.

BARTOLO.

¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS.

Favor que usted nos hace.... Pero, cúbrase usted, que el sol le incomodará.

LUCAS.

Vaya, señor, cúbrase usted.

BARTOLO.

Vaya, señores, ya estoy cubierto...
(*Pònese el sombrero, y los otros tambien.*) ¿Y ahora?

GINÉS.

No extrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de usted, y de su....

BARTOLO.

Es verdad: como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS.

Señor....

BARTOLO.

Si ha de ser de encina, no la daré menos de á dos reales la carga.

GINÉS.

Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO.

La de pino la daré mas barata. La de raices, mire usted.

GINÉS.

¡Oh! señor, eso es burlarse.

LUCAS.

Suplico á usted que hable de otro modo.

BARTOLO.

Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me explico.

GINÉS.

¡Un sugeto como usted ha de ocuparse en ejercicios tan groseros! ¡Un hombre tan sabio! ¡Tan insigne médico! ¿No ha de comunicar al mundo los talentos que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO.

¿Quién, yo?

GINÉS.

Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO.

Usted será el médico y toda su generacion, que yo en mi vida lo he sido. (*Aparte.* Borrachos estan.)

LUCAS.

¿Para qué es excusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO.

Pero, en suma, ¿quién soy yo?

GINÉS.

¿Quién? Un gran médico.

BARTOLO.

¿Qué disparate! (*Aparte.* ¿No digo que estan bebidos?)

GINÉS.

Con qué, vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO.

Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamas.

LUCAS.

Al cabo me parece que será necesario.... (*Mirando à Ginés.*) ¿Eh?

GINÉS.

Yo creo que sí.

LUCAS.

En fin , amigo D. Bartolo , no es ya tiempo de disimular.

GINÉS.

Mire usted que se lo decimos por su bien.

LUCAS.

Confiese usted , con mil demonios, que es médico y acabemos.

BARTOLO.

(*Impaciente.*) ¡Yo rabio!

GINÉS.

¿Para qué es fingir , si todo el mundo lo sabe ?

BARTOLO.

Pues digo á ustedes , que no soy médico. (*Se levanta , quiere irse , ellos lo estorban y se le acercan , disponiéndose para apelearle.*)

GINÉS.

¿No ?

BARTOLO.

No señor.

LUCAS.

¿Con qué no?

BARTOLO.

El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS.

Pues, amigo: con su buena licencia de usted, tendremos que valernos del remedio consabido.... Lucas.

LUCAS.

Ya, ya.

BARTOLO.

¿Y qué remedio dice usted?

LUCAS.

Éste (*Dante de palos: cogiéndole siempre las vueltas, para que no se escape.*)

BARTOLO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!.... (*Quitándose el sombrero.*)
Basta, que yo soy médico, y todo lo que ustedes quieran.

GINÉS.

Pues, bien, ¿para qué nos obliga usted á esta violencia?

LUCAS.

¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BARTOLO.

El trabajo es para mí que los llevo... Pero, señores, vamos claros. ¿Qué es esto? ¿Es una humorada, ó estan ustedes locos?

LUCAS.

¿Aun no confiesa usted que es doctor en medicina?

BARTOLO.

No señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINÉS.

¿Con qué no es usted médico?....
Lucas.

LUCAS.

¿Con qué no? (*Vuelven à darle de palos.*)
¿Eh?

BARTOLO.

¡Ay! ¡ay! ¡Pobre de mí! (*Pònese de rodillas, juntando las manos en ademan de súplica.*) Sí que soy médico. Sí señor.

LUCAS.

¿De veras?

BARTOLO.

Sí señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albeitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS.

(Levántanse cariñosamente entre los dos.)

Me alegro de verle á usted tan razonable.

LUCAS.

Ahora sí que parece usted hombre de juicio.

BARTOLO.

(Aparte. ¡Maldita sea vuestra alma!...)

¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

GINÉS.

No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia y quedará contento.

BARTOLO.

Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS.

Certísimo.

BARTOLO.

¿Seguro?

GINÉS.

Sin duda ninguna.

BARTOLO.

Pues, lléveme el diablo si yo sabia tal cosa.

GINÉS.

¿Pues cómo? ¿siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce?

BARTOLO.

(*Riéndose.*) ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

GINÉS.

Un médico que ha curado no se cuantas enfermedades mortales.

BARTOLO.

(*Con ironía.*) ¡Válgame Dios!

LUCAS.

Una muger que estaba ya enterrada...

GINÉS.

Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla....

BARTOLO.

¿Tambien le curé?

LUCAS.

Tambien.

GINÉS.

Con que, buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. Usted estará allí, comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO.

¿Me traerán en palmitas?

LUCAS.

Sí señor, y acabada la curacion le darán á usted que sé yo cuanto dinero.

BARTOLO.

Pues, señor, vamos allá. ¿En palmitas, y que sé yo cuanto dinero?... Vamos allá.

GINÉS.

Recóglele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO.

No: poco á poco. (*Lucas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.*) La bota conmigo.

GINÉS.

Pero, señor, ¡un doctor en medicina con bota!

BARTOLO.

No importa, venga.... Me darán bien de comer y de beber.... (*Apartándose á un lado, medita y habla entre sí. Despues con ellos.*) La pulsaré, la recetaré algo.... La mato seguramente.... Si no quiero ser médico me volverán á sacudir el vulto, y si lo soy, me le sacudirán tambien....

Pero, díganme ustedes. ¿Les parece que este trage rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS.

No hay que afligirse. Antes de presentarle á usted, le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO.

(*Aparte.* Si á lo menos pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decia mi amo á los enfermos.... saldria del apuro.)

GINÉS.

Mira que se quiere escapar.

LUCAS.

Señor D. Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO.

(*Aparte.* Aquel libro de vocabulorum, que llevaba el chico al aula. ¡Aquel si que era bueno!)

GINÉS.

Vaya, basta de meditacion.

LUCAS.

¿Será cosa de qué otra vez?.....

(*En ademán de volverle à dar.*)

BARTOLO.

¡Qué! no señor. Si no que estaba pensando en el plan curativo.... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos.

(*Los dos le cogen en medio y se van con él por la izquierda del teatro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.**D. GERÓNIMO. LUCAS. GINÉS. ANDREA.****D. GERÓNIMO.**

¿Con qué decís que es tan hábil?

LUCAS.

Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINÉS.

Hace curas maravillosas.

LUCAS.

Resucita muertos.

GINÉS.

Solo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

D. GERÓNIMO.

Me dejais aturdido con esa relacion.
Ya tengo impaciencia de verle. Ve por
él, Ginés.

LUCAS.

Vistiéndose quedaba. Toma la llave
y no te apartes de él.

*(Le da una llave à Ginés, el cual se va por la puer-
ta del lado derecho.)*

D. GERÓNIMO.

Que venga, que venga presto.

ESCENA II.

D. GERÓNIMO. ANDREA. LUCAS.

ANDREA.

¡Ay, señor amo! que aunque el mé-
dico sea un pozo de ciencia, me pare-
ce á mí que no haremos nada.

D. GERÓNIMO.

¿Por qué?

ANDREA.

Porque Doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido, eso la conviene, lo demas es andarse por las ramas. ¿Le parece á usted que ha de curarse con ruibarbo, y jalapa, y tinturas, y cocimientos, y potingues, y porquerías, que no sé cómo no ha perdido ya el estómago? No señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS.

Vamos, calla, no hables tonterías.

D. GERÓNIMO.

La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

ANDREA.

¡Niña! sí, cáselas usted y verá si es niña.

D. GERÓNIMO.

Mas adelante no digo que....

ANDREA.

Boda, boda, y aflojar el dote, y.....

D. GERÓNIMO.

¿Quieres callar, habladora?

ANDREA.

(*Aparte.* Allí le duele.....) Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brevages por la ventana, y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

D. GERÓNIMO.

¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En dónde está ese novio?

ANDREA.

¡Qué presto se le olvidan á usted las cosas! ¿Pues qué, no sabe usted que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? ¿No lo sabe usted?

D. GERÓNIMO.

La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenia ocho ó diez años no le he vuelto á ver..... Y ya sé que anda por aquí acechando y rondándome la casa, pe-

ro como yo le llegue á pillar..... Bien que lo mejor será escribir á su tío para que le recoja y se le lleve á Buitrago, y allí se le tenga. ¡Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! ¡Con un mancebito que acaba de salir de la universidad, muy atestada de Vinios la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo!

ANDREA.

Su tío, que es muy rico, que es muy amigo de usted, que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero suplirá esa falta. Con el dote que usted dará á su hija, y con lo que.....

D. GERÓNIMO.

Vete al instante de aquí, lengua de demonio.

ANDREA.

(*Aparte.* Allí le duele.)

D. GERÓNIMO.

Vete.

ANDREA.

Ya me iré, señor.

D. GERÓNIMO.

Vete, que no te puedo sufrir.

LUCAS.

¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla, y no desazones al amo, muger; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados ajenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor, no tiene remedio.

D. GERÓNIMO.

Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS.

El médico viene.

ESCENA III.

BARTOLO. GINÉS. D. GERÓNIMO. LUCAS. ANDREA.

(Salen por la derecha Ginés y Bartolo, éste vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y baston.)

GINÉS.

Aquí tiene usted, señor D. Gerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

D. GERÓNIMO.

Me alegro mucho de ver á usted y de conocerle, señor doctor.

(Se hacen cortesias uno á otro, con el sombrero en la mano.)

BARTOLO.

Hipócrates dice que los dos nos curamos.

D. GERÓNIMO.

¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO.

Sí señor.

D. GERÓNIMO.

¿Y en qué capítulo?

BARTOLO.

En el capítulo de los sombreros.

D. GERÓNIMO.

Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.

(Los dos se ponen el sombrero.)

BARTOLO.

Pues como digo, señor médico, habiendo sabido....

D. GERÓNIMO.

¿Con quién habla usted?

BARTOLO.

Con usted.

D. GERÓNIMO.

¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.

¿No?

D. GERÓNIMO.

No señor.

BARTOLO.

¿No? pues ahora verás lo que te pasa.

(Arremete hácia él con el baston levantado, en ademán de darle de palos. Huye D. Gerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.)

D. GERÓNIMO.

¿Qué hace usted, hombre?

BARTOLO.

Yo te haré que seas médico á palos, que así se graduan en esta tierra.

D. GERÓNIMO.

Detenedle vosotros.... ¿Qué loco me habeis traído aquí?

GINÉS.

¿No le dije á usted que era muy chancero?

D. GERÓNIMO.

Sí, pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS.

No le dé á usted cuidado. Si lo hace por reir.

GINÉS.

Mire usted, señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que usted ha de curar.

BARTOLO.

¿El señor es su padre? ¡Oh! perdone usted, señor padre, esta libertad que.....

D. GERÓNIMO.

Soy de usted.

BARTOLO.

Yo siento....

D. GERÓNIMO.

No, no ha sido nada.... (*Aparte.* ¡Maldita sea tu casta!.....) Pues señor, vamos al asunto. (*Saca la caja, se la presenta á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.*) Yo tengo una hija muy mala....

BARTOLO.

Muchos padres se quejan de lo mismo.

D. GERÓNIMO.

Quiero decir que está enferma.

BARTOLO.

Ya, enferma.

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

Me alegro mucho.

D. GERÓNIMO.

¿Cómo?

BARTOLO.

Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.

D. GERÓNIMO.

Viva usted mil años, que yo le estimo su buen deseo.

BARTOLO.

Hablo ingenuamente.

D. GERÓNIMO.

Ya lo conozco.

BARTOLO.

¿Y cómo se llama su niña de usted?

D. GERÓNIMO.

Paulita.

BARTOLO.

¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!.... ¿Y esta doncella quién es?

D. GERÓNIMO.

Esta doncella es muger de aquel.

(Señalando à Lucas.)

BARTOLO.

¡Oiga!

D. GERÓNIMO.

Sí señor..... Voy á hacer que salga aquí la chica para que usted la vea.

ANDREA.

Durmiendo quedaba.

D. GERÓNIMO.

No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

GINÉS.

Allá voy. (*Vanse los dos por la izquierda.*)

ESCENA IV.

BARTOLO. ANDREA. LUCAS.

BARTOLO.

(*Se acerca á Andrea con ademanes y gestos expresivos.*)

¿Con qué usted es muger de ese mocito?

ANDREA.

Para servir á usted.

BARTOLO.

¡Y qué frescota es! ¡Y qué.... Regocijo da el verla.... ¡Hermosa boca tiene!.... ¡Ay qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa!..... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un

par de ojos mas habladores y mas travesos.

LUCAS.

(*Aparte.* ¡Habrá demonio de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito!...) Vaya, señor doctor, mude usted de conversacion porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone usted á decir arrumacos á mi muger? Yo no sé cómo no cojo un garrote y le....

(*Mirando por el teatro si hay algun palo. Bartolo le detiene.*)

BARTOLO.

Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

LUCAS.

Pues cuenta con ella.

ANDREA.

Yo reviento de risa.

(*Encaminándose á recibir á Doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con D. Gerónimo y Ginés.*)

ESCENA V.

DON GERÓNIMO. DOÑA PAULA. GINÉS.
LUCAS. BARTOLO. ANDREA.

D. GERÓNIMO.

Anímate, hija mia, que yo confío en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas.

(Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona entre Bartolo y su padre. Los criados detrás, en pie.)

BARTOLO.

¿Con qué esta es su hija de usted?

D. GERÓNIMO.

No tengo otra, y si se me llegara á morir me volveria loco.

BARTOLO.

Ya se guardará muy bien. ¿Pues qué, no hay mas que morirse sin licencia

del médico? No señor, no se morirá...
Vean ustedes aquí una enferma que
tiene un semblante capaz de hacer per-
der la chabeta al hombre mas tétrico
del mundo. Yo, con todos mis aforis-
mos le aseguro á usted.... ¡Bonita cara
tiene!

DOÑA PAULA.

¡Ah! ¡ah! ¡ah!

D. GERÓNIMO.

Vaya, gracias á Dios que se rie la
pobrecita.

BARTOLO.

¡Bueno! ¡Gran señal! ¡Gran señal!
Cuando el médico hace reir á las en-
fermas es linda cosa.... Y bien, ¿qué
la duele á usted?

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá, bá.

BARTOLO.

¿Eh? ¿Qué dice usted?

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá.

BARTOLO.

Bá, bá, bá, bá. ¿Qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

D. GERÓNIMO.

Pues ese es su mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted que desconsuelo para mí.

BARTOLO.

¡Qué bobería! Al contrario, una mujer que no habla es un tesoro. La mia no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaria muy bien de curarla.

D. GERÓNIMO.

A pesar de eso, yo le suplico á usted que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO.

Se la aliviará, se la quitará: pierda

usted cuidado. Pero es curacion que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

D. GERÓNIMO.

Sí señor, con bastante apetito.

BARTOLO.

¡Malo!.... ¿Duerme?

ANDREA.

Sí señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO.

¡Malo!.... ¿Y la cabeza le duele?

D. GERÓNIMO.

Ya se lo hemos preguntado varias veces, dice que no.

BARTOLO.

¿No? ¡Malo!..... Venga el pulso..... Pues amigo, este pulso indica.... ¡Claro! está claro.

D. GERÓNIMO.

¿Qué indica?

BARTOLO.

Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

D. GERÓNIMO.

¿Secuestrada?

BARTOLO.

Sí por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

D. GERÓNIMO.

Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.

Este accidente ha podido proceder y procede (segun la mas recibida opinion de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora Doña Paulita el uso expedito de la lengua.

D. GERÓNIMO.

¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS.

¿No se lo dijimos á usted?

ANDREA.

Pues á mí me parece un macho.

LUCAS.

Calla.

D. GERÓNIMO.

Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

BARTOLO.

Se puede y se debe hacer.... El pulso.... *(Tomando el pulso á Doña Paula.)* Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué dijo?

BARTOLO.

Cosas divinas.... La otra.... *(La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.)* A ver la lengüecita..... ¡Ay, qué monería!..... Dijo..... ¿Entiende usted el latin?

D. GERÓNIMO.

No señor, ni una palabra.

BARTOLO.

No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus. Amarylida sylvas.* Que quiere decir: que esta falta de coagulacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores.... acres, proclives, espontáneos y corrumptentes. Porque, como los vapores que se elevan de la region.... ¿Estan ustedes?

ANDREA.

Sí señor, aquí estamos todos.

BARTOLO.

De la region lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, á el derecho en que está el corazon, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo: de aquí es segun la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la

malignidad de dichos vapores..... ¿Me explico?

D. GERÓNIMO.

Sí señor, perfectamente.

BARTOLO.

Pues, como digo: supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo, doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua....* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

D. GERÓNIMO.

Cuanto hay que decir.

GINÉS.

Es mucho hombre este.

D. GERÓNIMO.

Solo he notado una equivocacion en lo que....

BARTOLO.

¿Equivocacion? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

R. GERÓNIMO.

Creo que dijo usted que el corazon está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.

¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejezes? Si señor, antiguamente así sucedia, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

D. GERÓNIMO.

Perdone usted si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.

Ya está usted perdonado. Usted no sabe latin, y por consiguiente está dispensado de tener sentido comun.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué le parece á usted que deberemos hacer con la enferma?

BARTOLO.

Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas.... Bien que eso yo mismo lo haré.... Y despues tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

ANDREA.

¡Qué disparate!

D. GERÓNIMO.

¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO.

¡Ay amigo, y qué falta le hace á usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática que simpatiza y absorve el teji-

do celular, y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

D. GERÓNIMO.

Pues no lo sabia.

BARTOLO.

Si usted no sabe nada.

D. GERÓNIMO.

Es verdad que no he estudiado, ni....

BARTOLO.

¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted como á los loros los atracan de pan mojado en vino?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos tambien á Doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

D. GERÓNIMO.

Algun angel le ha traído á usted á

mi casa, señor doctor: vamos, hijita, que ya querrás descansar.... Al instante vuelvo, señor D.... ¿Cómo es su gracia de usted?

BARTOLO.

Don Bartolo.

D. GERÓNIMO.

Pues así que la deje acostada seré con usted, señor D. Bartolo.... *(Se levantan los tres.)* Ayuda aquí, Andrea.... Despacito.

BARTOLO.

Taparla bien no se resfrie. A Dios, señorita.

DOÑA PAULA.

Bá, bá, bá, bá.

D. GERÓNIMO.

(Hace que se va acompañando à Doña Paula, y vuelve à hablar aparte con Lucas.)

Lucas, ve al instante y adereza el cuarto del señor, bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la

jarra con agua, la aljofaina, la tohalla en fin, que no falte cosa ninguna.....
¿Estás?

LUCAS.

Sí señor. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

D. GERÓNIMO.

Vamos, hija mia.

(Vanse D. Gerónimo, Doña Paula, Andrea y Ginés por la puerta de la izquierda.)

BARTOLO.

Yo sudo.... En mi vida me he visto mas apurado..... ¡Si es imposible que esto pare en bien, imposible!.... Veré si ahora que todos andan por allá dentro puedo.... Y si no, mal estamos.... En las espaldas siento una desazon que no me deja.... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir.

(Vase por la parte del lado derecho.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

BARTOLO. (*Sale sin sombrero, ni baston por la derecha.*) **D. GERÓNIMO.**

BARTOLO.

Pues señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado.... ¡El maldito, con achaque de la postura del cuarto, no se mueve de allí!.... ¡Ay, pobre Bartolo!.... (*Paseándose inquieto por el teatro.*) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

D. GERÓNIMO.

(*Sale por la izquierda.*)

No ha habido forma de poderla reducir á que se acueste. Ya la están pre-

parando la sopa en vino que usted mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo.

D. GERÓNIMO.

Usted, amigo D. Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe; y entretanto, quiero que tenga usted la bondad de recibir estos escuditos.

(Saca la bolsa y toma de ella algunos escuditos.)

BARTOLO.

No se hable de eso.

D. GERÓNIMO.

Hágame usted este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

D. GERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

D. GERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embar-
go....

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nue-
vos los tomaré. (*Los toma y se los guarda.*)

D. GERÓNIMO.

Ahora bien, quede usted con Dios,
que voy á ver si hay novedad, y vol-
veré.... Me tiene con tal inquietud es-
ta chica, que no sé parar en ninguna
parte.

ESCENA II.

LEANDRO. (*Sale por la puerta de la derecha, recatándose.*) BARTOLO.

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de usted, y espero que.....

BARTOLO.

Veamos el pulso..... (*Tomando el pulso, con gestos de displicencia.*) Pues no me gusta nada.... ¿Y qué siente usted?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que usted me cure: si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO.

(*Con despego.*) ¿Pues á qué diablos viene usted?

LEANDRO.

A decirle á usted, en dos palabras, que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me da á mí de que usted se llame Leandro ó Juan de las viñas?

(Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.)

LEANDRO.

Diré á usted. Yo estoy enamorado de Doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea.... Estoy desesperado y vengo á suplicarle á usted que me proporcione una ocasion, un pretesto para hablarla y...

BARTOLO.

Que es decir en castellano que yo haga de alcahuete. *(Irritado, y alzando mas la voz.)* ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!.... Quítese usted de ahí.

LEANDRO.

Señor.

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballerito!

LEANDRO.

Calle usted, señor, no grite usted.

BARTOLO.

Quiero gritar.... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO.

Por Dios, señor doctor.

BARTOLO.

¿Yo alcahuete? Agradezca usted que..
(*Se pasea inquieto.*)

LEANDRO.

¡Válgame Dios qué hombre!.... Probemos á ver si....

(*Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano: él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.*)

BARTOLO.

¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome usted.... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco....

BARTOLO.

¿Qué errar? ¡Un sugeto como usted!
¡Qué disparate! Vaya, con que.....

LEANDRO.

Pues señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma: han venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es facil de presumir, y por último hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con qué todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á usted?

LEANDRO.

No señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á usted? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

¡Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa: Andrea está en el secreto: su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con Doña Paulita.

LEANDRO.

¿De veras?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo.....

LEANDRO.

¿Seria posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á usted que sí? Le casaré á usted con ella, con su padre, y con toda su parentela.... Yo diré que es usted.... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á usted cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿Con qué no es usted médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han exami-

nado de un modo particular; pero con examen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y espero que usted....

(Vase por la puerta de la derecha.)

BARTOLO.

Vaya usted con Dios.

ESCENA III.

ANDREA. *(Sale por la izquierda.)* BARTOLO.

LUCAS.

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á usted desairado, porque.....

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de

mis ojos, lo demas importa seis maravedís, y como yo te cure á tí, mas que se muera todo el género humano.

(Sale por la derecha Lucas: va acercándose detrás de Bartolo y escucha.)

ANDREA.

Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO.

Pues, mira, lo mejor será curar á tu marido.... ¡Qué bruto es, y que zeloso tan impertinente!

ANDREA.

¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO.

¿Y porque ha de ser hacienda de aquel gaznápiro, este cuerpecito gracioso?

(Se encamina á ella con los brazos abiertos, en ademán de abrazarla. Andrea se va retirando; Lucas agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de Bartolo, vuélvese de cara hácia él, y quedan abrazados los dos. Andrea se va riendo por la puerta del lado izquierdo.)

LUCAS.

¿No le he dicho á usted, señor doctor, que no quiero esas chanzas?.....
¿No se lo he dicho á usted?

BARTOLO.

Pero hombre, si aquí no hay malicia ni....

LUCAS.

Vete tú de ahí.... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á usted la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO.

Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado conmigo..... (*Le da un embion al tiempo de desasirse de él.*) ¡Se habrá visto mi-
co mas enredador!

ESCENA IV.

D. GERÓNIMO. (*Sale por la izquierda.*) BARTOLO. LUCAS. LEANDRO.

D. GERÓNIMO.

¡Ay, amigo D. Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo.... (*Llama, encarándose à la puerta del lado derecho.*) Digo, D. Casimiro, D. Casimiro.

LEANDRO.

(*Desde adentro.*) Señor.

BARTOLO.

Don Casimiro.

LEANDRO.

(Sale.) ¿Qué manda usted?

D. GERÓNIMO.

¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.

Un excelente didascálico.... Boticario que llaman ustedes..... Eminente profesor.... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

D. GERÓNIMO.

Mire usted qué decaída está.

BARTOLO.

No importa, va á sanar muy pronto.

ESCENA V.

DOÑA PAULA. ANDREA. GINÉS. (*Salen por la puerta de la izquierda.*) D. GERÓNIMO. BARTOLO. LEANDRO. LUCAS.

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien, y luego hablaremos.

D. GERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad? ¿Eh?

(*Va Leandro, y habla en secreto con Doña Paula; haciendo que la pulsa. Andrea tercia en la conversacion. Quedan distantes à un lado Bartolo y D. Gerónimo, y à otro Ginés y Lucas.*)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, unguentos, rosolis de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece á usted que le he hecho venir?

D. GERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, no, no será rana.

BARLOLO.

¿Qué ha de ser rana? No señor, si es un hombre que se pierde de vista.

DOÑA PAULA.

Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. GERÓNIMO.

¿Qué? *(Volviéndose hacia donde está su hija.)*
¿Si será ilusion mia?..... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Sí señor, tres ó cuatro palabras ha dicho.

D. GERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mia! *(Abraza à Doña Paula, y vuelve lleno de alegría hacia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.)* ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacia.

D. GERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es verdad? (*Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.*) Vaya, dí alguna cosa.

GINÉS.

(*Aparte á Lucas.* Aquí me parece que hay gato encerrado.... ¿Eh?)

LUCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

DOÑA PAULA.

Sí, padre mio, he recobrado el habla para decirle á usted que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

D. GERÓNIMO.

Pero sí....

DOÑA PAULA.

Nada puede cambiar mi resolución.

D. GERÓNIMO.

Es que.....

DOÑA PAULA.

De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso sin excusas ni dilaciones.

D. GERÓNIMO.

Pero hija mia, el tal Leandro es un pobreton....

DOÑA PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y obre todo, sarna con gusto no pica.

D. GERÓNIMO.

¡Pero qué borboton de palabras la ha venido de repente á la boca!.....
Pues hija mia, no hay que cansarse.
No será.

DOÑA PAULA.

Pues cuente usted con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.

D. GERÓNIMO.

¡Qué es lo que me pasa! (*Moviéndose de un lado á otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Andrea.*)

Señor doctor, hágame usted el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente por servirle á usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

D. GERÓNIMO.

Lo estimo infinito..... ¿Pero piensas tú, hija inobediente, que....

(*Encaminándose hácia Doña Paula. Bartolo le contiene.*)

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es

distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya á coger un rato el aire por el jardín, y verá usted como poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya usted á acompañarla; D. Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como usted mande, señor doctor. Vamos, señorita.

DOÑA PAULA.

Vamos enhorabuena.

D. GERÓNIMO.

Id vosotros tambien.

(A Lucas y Ginés, los cuales, con Doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

DON GERÓNIMO. BARTOLO.

D. GERÓNIMO.

¡Vaya, vaya que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenía cuando enmudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vacie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dice usted? Pues me conviene esa reflexion.

(Saca la caja D. Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.)

BARTOLO.

¡Oh! y si usted supiera un poco de numismática lo entendería mucho mejor.... Venga un polvo.

D. GERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado.....

BARTOLO.

No lo dude usted.... Es una evacuación que nosotros llamamos *tricolos tetraastrofos*.

ESCENA VII.

LUCAS. ANDREA. GINÉS. (*Van saliendo todos tres por la puerta del foro.*) D. GERÓNIMO. BARTOLO.

GINÉS.

Señor amo.

LUCAS.

Señor D. Gerónimo.... ¡Ay qué desdicha!

ANDREA.

¡Ay amo mio de mi alma! que se la llevan.

D. GERÓNIMO.

¿Pero qué se llevan?

LUCAS.

El boticario no es boticario.

GINÉS.

Ni se llama D. Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! ¿Y vosotros, brutos, habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

D. GERÓNIMO.

¿Y este pícaro de médico....

BARTOLO.

(Aparte lleno de miedo. Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.)

D. GERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete..... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí habia una larga de tender ropa.

LUCAS.

Sí, sí, ya sé donde está. Voy por ella.

(Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.)

D. GERÓNIMO.

Me las ha de pagar..... Pero ¿hacia donde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardin que sale al campo.

LUCAS.

Aquí está la sogá.

D. GERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de pies y manos al doctor, aquí en esta silla.... (*Bartolo quiere huir, y Lucas y Ginés le detienen.*) Pero me le habeis de ensogar bien fuerte.

GINÉS.

Pierda usted cuidado. Vamos, señor D. Bartolo.

(*Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la sogá.*)

D. GERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona.... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado.... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino



me dan alguna razon. Y vosotros no perdais de vista á ese perro.

(Se va D. Gerónimo por la derecha y Andrea por la izquierda. Lucas y Ginés siguen atando á Bartolo.)

ESCENA VIII.

BARTOLO. LUCAS. GINÉS. MARTINA.

GINÉS.

Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS.

¿Y no sabes que el amiguito este habia dado en la gracia de decir chico-leos á mi muger?

GINÉS.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien así?

GINÉS.

Perfectamente.

MARTINA.

(Sale por la puerta de la derecha.)

Dios guarde á ustedes, señores.

LUCAS.

¡Calle, que está usted por acá! ¿Pues qué buen aire la trae á usted por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA.

¡Ay hijo de mi alma!

(Abrazándose con Bartolo.)

LUCAS.

¡Oiga! ¿Con qué esta es la médica?

GINÉS.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está usted ahí diciendo?

BARTOLO.

Sí, hija mia, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera excusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

¿Pero por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y

en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

DON GERONIMO. (*Sale por la puerta de la derecha, y Andrea por la izquierda.*) ANDREA.

BARTOLO. LUCAS. GINÉS. MARTINA.

D. GERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia y cargará con este bribon.... ¿Y tú qué has hecho, los has visto?

ANDREA.

No señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. GERÓNIMO.

Ni yo tampoco.... He preguntado y nadie me sabe dar razon.... Yo he de volverme loco.... (*Dando vueltas por el teatro,*

lleno de inquietud.) ¿Adónde se habrán ido?..
¿Qué estarán haciendo?

ESCENA X.

DOÑA PAULA. LEANDRO. (*Salen los dos por la puerta del lado derecho.*) D. GERÓNIMO.
BARTOLO. ANDREA. LUCAS. GINÉS.
-MARTINA.

LEANDRO.

Señor D. Gerónimo.

DOÑA PAULA.

Querido padre.

D. GERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!

LEANDRO.

(*Se arrodillan à los pies de D. Gerónimo.*) Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tío no desaprueba este ma-

rimonio, pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de usted, que esto no sería decoroso ni á su honor ni al mio. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta á hacer lo que usted la mande; pero le advierto, que si no la casa conmigo su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

D. GERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado y no puedo.....

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe.

Su amor es á mí, no á su dinero de usted.

D. GERÓNIMO.

(*Alterándose.*) Su dinero de usted, su dinero de usted. ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á usted que no le pediremos nada.

D. GERÓNIMO.

Ni un maravedí.

DOÑA PAULA.

Ni medio.

D. GERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO.

Mi tío. ¿Pues no ha oído usted que

aprueba este casamiento? ¿Qué mas he de decirle?

D. GERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO.

Sí señor, yo soy su heredero.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

¡Ay! no señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un dia á otro....

D. GERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con que.... *(Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.)* Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.

Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA.

Usted nos hace completamente felices.

BARTOLO.

¿Y á mí quién me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

D. GERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

¿Pues quién le ha puesto á usted así, médico insigne?

(Desatan los criados á Bartolo.)

BARTOLO.

Sus pecados de usted, que los míos no merecen tanto.

DOÑA PAULA.

Vamos que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle á usted el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¡Marido mio! *(Se abrazan Martina y Bartolo.)*
Sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que á mí me

debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO.

¿A tí? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

GINÉS.

Y yo porque ella lo dijo, lo creí.

LUCAS.

Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

D. GERÓNIMO.

Y yo porque estos lo dijeron, lo creí tambien, y admiraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.

después la boca de doctor que te dieron
en el momento que me acordé de ti

CASTRO

A él pues me alegro de saberlo

si por cierto. Yo dije que eres un

prodigio en la medicina

ERES

Y yo porque ella lo dijo, lo creí

Y yo lo creí, porque lo dijo ella

A CASTRO

Yo porque estas lo dijeron, lo creí

Y yo porque cuando decía co-

mo si fuese un oráculo

Yo me acordé de ti cuando

te acordé de ti. Muchos aplauden

la opinión de doctor, no por lo que dice

tránsente saber, sino por el concepto

que hacen de ellos la ignorancia de los

doctores, que se creen sabios, y se

CATÁLOGO

CATÁLOGO.

En este catálogo se ha procurado observar , cuanto es posible, el *orden cronológico*. En él se incluyen las piezas dramáticas de representacion ó de música , que se han visto en los teatros de España ó se han publicado impresas , desde el principio del siglo 18 hasta la época presente.

Las que van señaladas con estas letras *A. A.* ó son efectivamente anónimas , ó se han colocado en esta clase , por no haber tenido el colector noticia segura de sus autores. Las tragedias van distinguidas con una *T* , las óperas con una *O* , las zarzuelas con una *Z*.

CATÁLOGO

DE PIEZAS DRAMÁTICAS PUBLICADAS EN ESPAÑA
DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO 18 HASTA LA
ÉPOCA PRESENTE, (1825).

Don Tomas Genis. Adquirir para reinar; Triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela.

Don Rodrigo Pedro de Urrutia. Rey decretado del cielo. — Astucias de Lucifer. — La Violencia por castigo y la hermosura por premio.

Don Juan de Vera y Villarroel. Felipe V en Italia. — Muger ángel y milagro. — El Patron de Salamanca. — La Perla de Cataluña y peñas de Monserrate. — San Juan de Sahagun. — Cuanto cabe en hora y media. — La Corona en tres hermanos. — Mas triunfa el amor rendido.

A. A. Al freir de los huevos. — El Rey D. Pedro en Lisboa. — Sueños hay que son verdades y Felipe V en Extremadura. — El Sueño del perro. — Hacer la cuenta sin la huésped. Z. — Opera escénica

- á la entrada de la señora Doña Luisa Isabel de Borbon, princesa de Asturias. — Los Encantos de Amenon. Z. — El Infante D. Carlos en Sicilia, y Felipe V en Sevilla. — Arcas y Calisto. Z. — Los Amores de la Aurora. Z.
- Don Francisco Pizarro Picolomini, marqués de San Juan.* Cinna. T.
- Don Juan Bernardino Rojo.* El Amor correspondido sin poder lograr su centro.
- Don Francisco Gomez de Acosta.* Póngala nombre el discreto.
- Don Melchor Fernandez de Leon.* ^{50 pts. 1901} Conquista de las Molucas. — Los Dos mejores hermanos. — El Veneno en la guirnalda. — Icaro y Dédalo. — El primer Templo de Amor. — San Francisco de Borja. — No hay amor como fingir. — Endimion y Diana. — Los Tres mayores prodigios. — San Justo y Pastor. — El Sordo y el Montañés. — Venir el Amor al mundo.
- Don Diego de Torres y Villarroel.* El Hospital en que cura Amor de amor la locura.
- Don Gerónimo Guedeja y Quiroga.* Nuestra Señora de los Reyes. — La Mejor luz de Sevilla. — Si toda la vida es sueño, en el sueño está la muerte, y el Asombro de Palermo.
- Don Francisco Salgado.* Nuestra Señora de la Luz. — Araspes y Pantea. Z.
- Don Antonio Tellez de Acebedo.* Glorias de Jesus cau-

- tivo, y Prodigios del rescate. — Los Vandos de Luca y Pisa. — La Margarita del Tajo que dió nombre á Santarén. — Santa Colomba. 1ª y 2ª parte. — El Muerto disimulado. — La Mozuela del Sastre, ó No hay disfraz en la nobleza. — La Gracia contra la culpa y primer mártir de Cristo. — Dicha y desdicha del juego. — El Peregrino en su patria, y milagroso enfermero, San Roque.
- Don Marcos Lanuza.* Las Bélides. Z. Zelos vencidos de Amor.
- Don Pedro Scoti de Agoiz.* Apolo y Leucotoe. Z. — Los Juicios del cielo, no examinarlos y obedecerlos. — Filis y Demofonte. Z. — El Primer blason de Israel.
- Don Antonio de Zamora.* Todo lo vence el Amor. — El Hechizado por fuerza. — Mazariegos y Monsalves. — El Custodio de la Hungría, San Juan Capistrano. — La Doncella de Orleans. — Aspides hay basiliscos. Z. — Judas Iscariote. — Por oír misa y dar cebada nunca se perdió jornada — Cada uno es linage aparte, y los Mazas de Aragon. — Siempre hay que envidiar amando. — Amar es saber vencer, y el Arte contra el Poder. — Columna sobre columna. — Amor es quinto elemento. — El Blason de los Guzmanes y defensa de Tarifa. — Con Bellezas no hay venganzas. La destruccion de Tebas. — Con música, y por amor. — Desprecios vengan desprecios. — La Fé se firma

- con sangre. — La Honda de David. — Don Bruno de Calahorra. — El Indiano perseguido. — El Lucero de Madrid, San Isidro Labrador. — Duen- des son los alcahuetes, y el Espíritu foletto. 1ª y 2ª parte. — Matarse por no morir. — El templo vivo de Dios. — La Misica Monarquía. — Preso Muerto y Vencedor, todos cumplen con su honor, y defensa de Cremona. — No muere quien vive en Dios. — Ser fino y no parecerlo. — No hay mal que por bien no venga. -- Don Domingo de Don Blas. — El primer Inquisidor San Pedro mártir. — Quitar de España con honra el feudo de las doncellas. — El Triunfo vivo de Dios. — Viento es la dicha de amor. Z. — Victoria por el amor.
- Don N. conde de Clavijo.* Júpiter y Yo. Z. — Zelos vencidos de amor, Z.
- A. A.* La Elisa. Z. — El Rapto de Ganimedes. Z. — La Traicion necesitada y Fortunas de Tequeli. — Antes difunta que agena. Z. — No todo indicio es verdad. — Pelope y Laodamia. Z. — Triunfo y error de los zelos y el amor. Z.
- Don Tomas de Añorbe y Corregel.* — La Virtud vence al destino. — La Tutora de la iglesia y doctora de la ley. 1ª 2ª y 3ª parte. — Los Amantes de Salerno. — El Caballero del cielo. — El Duende de Zaragoza. — Como luce la lealtad á vista de la traicion, ó la Hija del Senescal. — El Daniel de la ley de gracia y Nabuco de la Armenia. — La

- Encantada Melisendra y Piscator de Toledo. —
Júpiter y Danae. Z. — Nulidades del Amor. — La
Oveja contra el pastor, y tirano Boleslao. — El
Paulino. T. — Princesa, Ramera y Mártir, Santa
Afra. — El Poder de la razon.
- Don Felice Rodriguez de Ledesma.* El Monarca mas
prudente. — El Cuchillo de sí mismo.
- Don Juan Salvo y Vela.* El Mágico de Salerno Pedro
Vayalarde. 1ª, 2ª, 3ª, 4ª y 5ª parte. — El Laurel
de Apolo. — Tambien hay duelo en los Santos. —
La Manzana de oro. Z. — San Antonio de Padua.
- Don Diego de Aguayo.* Querer sabiendo querer, y
gran Reina Trinacria.
- Don Bernardino Josef de Reynoso y Quiñones.* Qui-
tar el cordel del cuello es la mas justa venganza,
ó el Pobre fundador del hospital mas famoso el
venerable Anton Martin. 1ª y 2ª parte. — La sacra
Esposa de Cristo y doctora de su iglesia Santa Ca-
talina. — El Sol de la fé en Marsella y conversion
de la Francia Santa María Magdalena. 1ª y 2ª
parte.
- Don N. Conde de Atarés.* Apolo y Driope. Z.
- Don Josef de Cañizares.* La Boba discreta. — Carlos V
sobre Tunez. — Abogar por su ofensor y baron
del Pinéli. — Acis y Galatea. Z. — El Asombro de
la Francia Marta la Remorantina. 1ª, 2ª, 3ª y 4ª
parte. — El valor como ha de ser. — Las Nuevas
armas de amor. — El Asturiano en la corte y mú-

sico por amor. — La mas ilustre Fregona. — A un tiempo Rey y Vasallo. — La viva imagen de Cristo. — Montes afirma el Desden. Z. — El Anillo de Giges. 1^a, 2^a y 3^a parte. — La Ventura por la voz. — La Muerta viva: Santa Cristina. — Las tres Comedias en una. — A cual mejor, confesada y confesor. — Tambien por la voz hay dicha. — La mas amada de Cristo Santa Gertrudis la Magna. 1^a y 2^a parte. — Las Amazonas de España. — El Angel del Apocalipsi. — Lo que va de cetro á cetro y Crueldad de Inglaterra. — Telémaco y Calipso. Z. — Amando bien no se ofenderá un Desden. — El Santo niño de la Guardia. — Milagro es hallar verdad. — Angélica y Medoro. Z. — Lo que vale ser devoto de S. Antonio de Padua. — El Sol de occidente. — La Invencible Castellana. — El Sacrificio de Ifigenia. T. 1^a y 2^a parte. — Amor es todo invencion. — Si una vez llega á querer la mas firme es la muger. — Las Cuentas del gran Capitan. — Castigar favoreciendo. — Yo me entiendo y Dios me entiende. — No hay con la Patria venganzas y Temístocles en Persia. — El Picarillo en España. — Un Precipicio con otro. — Clicie y el Sol. Z. — Cumplir á un tiempo quien ama con su Dios y con su dama. — El príncipe D. Cárlos. — El Prodigio de la Sagra. — De leve chispa gran fuego. — Por acrisolar su honor competidor Hijo y Padre. — El Pleito de Hernan

Cortés con Pámfilo de Narvaez. — De Comedia no se trate, allá va ese Disparate. — Ponerse hábito sin pruebas y guapo Julian Romero. — Don Juan de Espina en Madrid. — Don Juan de Espina en Milan. — *El Rey Henrique el Enfermo.* — Cual Enemigo es mayor, el Destino ó el Amor. — La Hazaña mayor de Alcides. — El Dómine Lucas. — De los Encantos de Amor la música es el mayor, y el Montañés en la Corte. — Hasta lo insensible adora. — Apolo y Climene. Z. — El Imposible mayor en amor le vence Amor. — El Cantero de Constantinopla. — El Honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas. — Santa Francisca romana. — La Heróica Antonia García. — Fieras afemina Amor. — El Estrago en la Fineza. — Sin Caridad no hay Fortuna. — El Mónstruo napolitano ó el Error y el Escarmiento. — Santa Brígida. — Fortuna te dé Dios, hijo. — San Vicente Ferrer. 1ª y 2ª parte. — El Dichoso Vandalero. — Santa Juana de la Cruz. — La vida del gran tacaño. — La Señora Mariperez. — La Banda de Castilla y Privado perseguido. — *Pedro Urdemalas.*

Don Francisco Scotti de Agoiz. Las Hazañas de Juan de Arévalo. — El Valor nunca vencido. — El triunfo mayor de Alcides.

Don N. conde de las Torres. Decio y Araclea. Z.

Juan Hidalgo. *El Mónstruo de Barcelona.* — Muzá-

- rabes de Toledo. — El Niño Dios en Egipto y mas dichoso ladron.
- Don Luis de Oviedo.* Los Sucesos de tres horas.
- Don Juan de Benavides.* Apolo y Dafne. Z. — El Marte español. — Nuestra Señora del mar.
- Fr. Juan de la Concepcion.* Guerra y paz de las estrellas.
- Don Eugenio Gerardo Lobo.* El mas justo Rey de Grecia. — Los Mártires de Toledo y tejedor Palomeque.
- Vicente Guerrero.* El Valiente Negro en Flandes. Segunda parte.
- Marcos de Castro.* Disparates concertados dicen bien en todo tiempo.
- A. A. Armida aplacada.* O. — Angélica y Medoro. O. El Vellon de Oro. O. — Pclifemo y Galatea. — Artagerges. O. — Demofonte. O. — Demetrio. O. — Dido abandonada. O. — Siroe. O. — Niteti. O. — El Rey pastor. O. — Adriano en Siria. O. — Semíramis reconocida. O. — El Héroe de la China. O. etc.
- Don Ignacio de Luzan.* La Razon contra la moda. — La Clemencia de Tito. O.
- Don Juan de Trigueros.* Británico. T.
- Don Agustin de Montiano y Luyando.* Virginia. T. — Ataulfo. T.
- Don Eugenio de Llaguno y Amirola.* Atalia. T.
- Don Antonio Merano y Guzman.* En vano el Poder

persigue á quien la Deidad protege, y mágico Apolonio.

Don Manuel Daniel Delgado. Como se engañan los zelos.

Don Antonio Camacho y Martinez. Vida y muerte de Thamas Kaulikan.

Don Josef de Lobera y Mendieta. La muger mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la V. O. T. de penitencia de nuestro padre S. Francisco de la ciudad de Toledo. — Sin el oro pierde amor su imperio, lustre y valor.

Don Nicolas Gonzalez Martinez. La Tragedia anunciada, es menor sucedida, que esperada. — Dar honor el Hijo al Padre, y al Hijo una ilustre Madre. — Santo, Esclavo y Rey á un tiempo.

Don Manuel de Iparraguirre. El Enfermo imaginario. — El Avariento.

Don Antonio Frumento. Sastre, Rey y Reo a un tiempo, ó el Sastre de Astracan. — En vano es querer venganzas, cuando amor pasiones vence. — Lances de amor, desden y zelos.

Don Josef Fernandez Bustamante. Al andar Fortuna ayuda. — Al Poder la ciencia vence. — No siempre el destino vence, si en su imperio amor domina, y Príncipes encubiertos. — El Sol de la Fé en su oriente, y conversion de Irlanda. — En la mayor perfeccion se encuentra el me jor estado,

Santa Catalina de Bolonia. — Azote de la heregia y Espejo de la virtud, San Jacome de la Marca. — Zelos, aun imaginados, conducen al precipicio, y Mágico Diego de Triana. — El Asombro de Argel y Mágico Mahomad.

Don Antonio Pablo Fernandez. El Angel Lego y Pastor: San Pascual Baylon. — Los Dos Amantes mas finos Piramo y Tisbe. — La Prudencia en la niñez.

Don Ramon de Arellano y Cruz. Antorcha del querer bien, y venturas de Himeneo.

Don Francisco Sierra. Convertirse un gran pesar en la mayor alegría.

Don Josef Benegasi y Luzan. Llámennla como la llamen.

Don Eusebio Ruiz, Ruiz. No hay artes contra el amor, y antes que todo es mi sangre.

Don Fernando Jugazzis Pilotos. Combates de Amor y Ley T.

Don Lucas Merino y Solares. El muerto resucitado.

Don Manuel Vela. Casarse por golosina.

Don Manuel Lassala. Josef descubierto á sus hermanos. T. — Don Sancho Abarca. T.

Don Antonio Gonzalez de Leon. El Hijo de Ulises.

Don Nicolas Fernandez de Moratin. La Petimetra. — Lucrecia. T. — Hormesinda. T. — Guzman el Bueno. T.

Don Josef Cadahalso. Don Sancho Garcia. T.

Don Josef Clavijo y Fajardo. La Feria de Valdemo-

- ro. Z.—Andrómaca. T.—El Heredero universal.
—El vanaglorioso.—Beltran en el serrallo.
- Don Pablo Olavide.* Celmira. T.—Hipermeestra. T.
—El Desertor francés.
- Don Gaspar de Jovellanos.* — El Delincuente honrado.—Munuza. T.
- Don Ignacio Lopez de Ayala.* Numancia destruida. T.
- Don Juan Lopez Sedano.* Jahel. T.—El Misanthropo.
- Don Antonio Bazo.* La Criada mas leal.—Los Tres mayores prodigios, en tres distintas edades, y origen carmelitano.—El Hijo de sus obras y empeño de una Banda.—El Pródigo.—Merope y Polifonte.—El Caballero y la Dama.—El Zeloso avaro.—La Verdad en el engaño.—Sacrificar el afecto en las aras del honor es el mas heróico amor : Cleonice y Demetrio.—La Piedad de un Hijo vence la impiedad de un Padre, y real jura de Artagerges.—Paz de Artagerges con Grecia.
- Don Thomas Sebastian y Latre.* Británico. T.—El Parecido.—Prógne y Filomena. T.
- A. A. Filoctetes.* T.—Los Dos mas finos amantes desgraciados por amor, ó víctimas de la infidelidad.—Hallazgo, Paz y Privanza.—Nobleza de un fiel amigo y premio de la traicion.—Riesgo, Esclavitud, Disfraz, Ventura, Acaso y Deidad. La magestad en la aldea. Z.—Por socorrer á una Madre venderse un Hijo al suplicio.—Entre el Honor y el Amor, el Honor es lo primero.—

Amor destrona monarcas , y Rey muerto por amor. — Dar ser á su propio ser , ó el Osman. — El Padre de Familia. — Gianguir. T. — Mal Genio y buen Corazon. — No hay mudanza ni ambicion donde hay verdadero amor , ó El Rey Pastor.

Don Francisco Mariano Nifo. — El juicio de una Muger hace el Marido discreto. — La Casa de moda. — Ipsipile y Jason. — Dios protege la inocencia , Elvira reina de Navarra. — No hay en amor fineza mas constante , que dejar por amor su mismo amante , ó la Nineti.

Don Joaquin de San Pedro. El enfermo imaginario. *D. F. T. R.* Siempre triunfa la Inocencia.

Don Vicente Garcia de la Huerta. Lisi desdeñosa ó el Bosque del Pardo. — Raquel. T. — Agamenon vengado. T. — La Fé triunfante del amor y cetro , ó la Jayra. T.

Josef Vallés. Propio es de hombres sin honor pensar mal y hablar peor. — El mas temido Andaluz. — La Margarita. — No hay fiera mas irritada que una muger indignada.

Don Henrique Ramos. El Guzman. T.

Don Narciso Solano y Lobo. La Amazona de Mongat , y aventuras de Tequeli. — Merecer por sí la suerte quien por sí la desmerece. — El Job de la Ley de gracia. — Premios son venganzas de amor.

A. A. El Tambor nocturno. — Clelia triunfante en

Roma. — La Buena Nueva. — Zafira. T. — La Criada mas sagaz. — Meroe. T. — La Esposa Persiana. — El Jugador. — Agamenon. T. — Siroe. T. — La Escuela de las madres. — La Enferma por amor. — Pamela. 1^a y 2^a parte. — El Mágico Federico. — Witing. T. — Hamlet Rey de Dinamarca. T. — Ester. T. — A un tiempo Esclavo y Señor, y Mágico africano. — Fedra. T. — No hay traidores sin castigo, ni lealtad sin lograr premio, Menencio y Flaminio en Roma. T.

Don N. Mello. Entre los riesgos de amor sostenerse con honor, ó la Laureta.

Don N. Martinez. Gustavo Adolfo Rey de Suecia.

Don Antonio Rezano. Acrisolara el dolor con el mas filial amor.

Don N. Moron. Buen Amante y buen Amigo.

Don N. Maldonado. Triunfos de lealtad y amor ó la Cleonice.

Don N. Ripoll. Cegar al rigor del hierro. — Antídoto de la Grecia. — Ingenio y representante: San Gines y San Claudio. — Marta aparente.

Don Bruno Solo y Zaldivar. Triunfo de amor y lealtad, y traidor en la apariencia. — Por cumplir una palabra derramar su propia sangre. — La Bella Pastora, y ciudadana en el monte. — Los impacientes chasqueados, y Burladora burlada. — El Parecido en el trono, y Traicion por la venganza. — El Hombre busca su estrago, anun-

cia el castigo el cielo, y pierde vida é imperio :
Focas y Mauricio.

Don Josef Cumplido. Al amor de madre no hay afecto que le iguale , ó la Andrómaca.

Don N. Carrillo. Tambien lidia una muger con otra muger por zelos.

Don Manuel Fermin de Laviano. La Afrenta del Cid vengada. — El Godo Rey Leovigildo , y vencido vencedor. — Morir por la patria es gloria , y Atenas restaurada. — La Defensa de Sevilla por el valor de los Godos. — Al Deshonor heredado vence el honor adquirido. — Los Pardos de Aragon. — El Sol de España en su oriente , y toledano Moisés. — Triunfos de valor y honor en la corte de Rodrigo. — La Suegra y la Nuera. — El pretendiente y la muger virtuosa. — La inútil precaucion y Barbero de Sevilla. — El Reo inocente. — Sigerico primer rey de los Godos. — La Española Comandante. — La Viuda indiferente y esquileo de Castilla. — El Tirano Gunderico. — La toma de Sepúlveda por el Conde Fernan Gonzalez. — La Bella Guayanesa. — La Restauracion de Madrid. — Valor y Honor de Otoniel. — La Buena Casada. — El Verdadero heroismo está en vencerse á sí mismo.

Don Ramon de la Cruz Cano , y Olmedilla. Quien complace á la Deidad acierta á sacrificar. — Briseyda. Z. — El Prado viejo por la noche. — El

Niño y la Niña. — La Pragmática. 1ª y 2ª parte.
La Prueba feliz. — Eugenia. — La Escocesa. — Por-
tentosos efectos de la Naturaleza. — El Ensayo con
empeño. — El Veneno fingido. — Las mugeres defen-
didas. — Los Payos en la Corte. — Mas puede el Hom-
bre que Amor, ó querer á dos y ser firme. — Las
Superfluidades. — Las Señorías de moda. — La Tor-
naboda en ayuna. — El Baile de repente. — El Ca-
sero Burlado. — La fiesta de pólvora. — Danzan-
tes sin tamboril. — Los Abates vengados. — La
fuerza de la Lealtad. — La Presumida burlada. —
En casa de nadie no se meta nadie, ó el Buen
Marido. Z. — El Alcalde contra amor. — El Es-
pejo de las modas. — El Barbero. — La Civiliza-
cion. — Las Botellas del olvido. — El marido dis-
creto. — La Oposicion á cortejo. — El Fenix de
los hijos. — Los Baños inútiles. — La Casa de los
linages. — Las Máscaras de la aldea. — La India-
na. — La embarazada ridícula. — El Fandango
de candil. — El Duende. — La Hosteria del buen
gusto. — Las Labradoras de Murcia. Z. — La
Falsa Devota. — Talestris, reina de Egipto. T.
— Las Petimetras. — Resultas de los saraos. —
Los Convalescientes. — La Mesonerilla. Z. — Don-
cella, Viuda y Casada. — Los Propósitos de las
mugeres. — La Noche buena en el monte. — El
Pretendiente hablador. — El Italiano fingido. —
El Chico y la Chica. — El Amigo de todos. — El

Baile sin mescolanza. — El Padrino y el Pretendiente. — Los Maridos engañados y desengañados. — El Labrador y el Usia. — La Comedia de Valmojado. — La Giganta en Madrid. — El Divorcio feliz ó la Marquesita. — Juanito y Juanita. — Los Destinos errados. — El Tordo hablador. — Los Hombres con juicio. — El Licenciado Farfolla. Z. — El Deseo de seguidillas. — Inesilla la de Pinto. — El Heredero loco. — La Señorita displicente. — El Cortejo escarmentado. — El Alcalde boca de verdades. — La Olimpiada. — Ramos de huesped. — Las Zagalas del Genil. Z. — Los Pobres con muger rica, ó el Picapedrero. — El Porque de las Tertulias. — El Diabolo autor aburrido. — Los Fastidiosos. — La Amistad ó el Buen Amigo. — El Refunfuñador. — La Tertulia de la estafa. — La Enferma de mal de boda. — Clementina. Z. — La Comedia casera. — El Almacena de novias. — La Feria de la Fortuna. — El Tio y la Tia. Z. — Las Tres Graciosas. — Los Payos y los Soldados. — La Devocion engañosa. — La Merienda á escote. — La Isla de amor. Z. — La Centinela. — El Sombrerito. — Las Frioleras. — La Espigadera. 1ª y 2ª parte. — El Abate diente agudo. — Los Gigantones. — El Maestro de la Niña. Z. — Los Picos de oro. — El Petimetre. — El Severo dictador y vencedor delincuente, Lucio Papyrio y Quinto Fabio. — La Comedia de car-

pinteros. — El Premio de las doncellas. — Los Segadores festivos. — El Tio Tuétano. — Los Payos hechizados. — La Orquesta femenina. — El Marido Sofocado. — Los Criados simples. — La Retreta. — Las Segadoras de Ballecas. Z. — El Mercader vendido. — La Maja majada. — La Discreta y la Boba. — El Dia de campo. 1.^a y 2.^a parte. — Manolo. — Las Majas en el ensayo. — La Plaza mayor de Madrid por Navidad. — Los Abates y las Majas. — El Hospital de los tontos. — Bayaceto. T. — Los Novios espantados. — Las Dos viuditas. — El Casado por fuerza. — El Extranjero. Z. — El Mal de la niña. — Los Cazadores de lindas. — El Hablador. — Fineza de los ausentes. — Garzon fingido. — Músicos y Danzantes. — La Fantasma. — El Careo de los majos. — La Escuela. — Las damas apuradas. — Zara. — Donde las dan las toman, ó los Zapateros y el Renegado. — Los Vaqueros de Aranjuez. — La Comedia de Marabillas. — La Bella Criada. — La Falsa devocion. — La Chupa bordada. — El Espejo de los Padres. — Los Volatines pesados. — La Academia del ocio. — El Caballero D. Chisme. — La Isla desierta. — El Enemigo de las mugeres. — El Filósofo aldeano. Z. — El Pollo. — Las Castañeras picadas. — Chiribitas el Yesero. — El No. — Monsieur Corneta ó el Cochero Simon. — El Meson por Navidad. — Las Mahonesas. — Don

Soplado. — La Sosa. — La Viuda hipócrita. — El Sarao. — El Reverso del Sarao. — La Molinera espantada. — Zelinda. T. — Los Cuatro Barrios. — El Cortejo fastidioso. — Las Calceteras. — El Sueño. — El Retrato hablador. — El Nacimiento á lo vivo. — Los Hombres solos. — Las Tertulias de Madrid. — Los Viejos verdes. — Sesostris rey de Egipto. T. — El Teatro por dentro. — Ecio triunfante en Roma. T. — Los Dos Libritos. — La Crítica. — La Visita de duelo. — El Agente de sus negocios. — Los Escrúpulos de las damas. — La Academia de música. — El Majo de repente. — El Triunfo del interés. — Las Fiestas útiles. — Los hijos de la Paz. — Los impulsos del placer. — La Petra y la Juana ó el Casero prudente. — El Alcalde limosnero. — El Ensayo casero. 1^a y 2^a parte. — La Viuda burlada. — El Café extranjero. — Las Amazonas modernas. — El Gracioso picado. — El Higitto de vecino. — El Abaniquero. — La Bella Madre. — La Funcion completa. — La Botillería. — El Chasco de las arracadas. — Los Majos vencidos. — Cayo Fabricio. — Tres y de las tres ninguna. — El Pleito del Pastor. — La Música á obscuras. — Las Señoras forasteras. — El Retrato. — Cenobia. — Las Piedras de S. Isidro. — Poner la escala para otro. — El Médico y los Cautivos. — Las Máscaras de Madrid. — El Hospital de la moda. — La Capilla de cómicos. — Las

Foncarraleras. Z. — El Burlador burlado. — Las Buenas Vecinas. — La Despedida. — El Forastero prudente. — El Entierro de la Compañía de Ribera. — Las Escofieteras. — Los Cómicos en Argel. — El Aderezo bien pagado. — El Caballero de Medina. — El Buñuelo. — La Avaricia castigada, y los Segundones. — La Víspera de S. Pedro. — El Rey Pastor. — El Tío Felipe. 1ª y 2ª parte. — El Rastro por la mañana. — El Casamiento desigual, ó los Butibambas y Mucibarrenas. — Los Payos en el ensayo. — El Padre indulgente. — El Maestro de rondar. — Las Presumidas burladas. — Oposición á Sacristan. — Las Pescadoras. Z. — La Pradera de S. Isidro. — El Novio Rifado. — Las Majas vengativas. — El Peluquero. 1ª, 2ª y 3ª parte. — La Noche de S. Juan. — La Noche de S. Pedro. — La Venganza del verdillo. — Los Ociosos, etc.

Don Candido Maria Trigueros. Buena Esposa y mejor Hija, la Necepsis. T. — Egilona. T. — El Precipitado. — Duendes hay Señor Don Gil. — Los Menstrales.

Don Tomas de Iriarte. Hacer que hacemos. — El Mercader de Smirna. — El Amante despechado. — El Malgastador. — El Aprehensivo. — La Pupila juiciosa. — El Mal Hombre. — La Escocesa. — El Filósofo casado. — El Huérfano inglés, ó el Evanista. — El Huérfano de la China. T. — Guzman. — La Librería. — El Señorito mimado.

- El Don de Gentes. — La Señorita mal criada.
Don Leandro Fernandez de Moratin. El Viejo y la Niña. — La Comedia Nueva. — Hamlet. T. — El Baron. — La Mogigata. — El Sí de las Niñas. — La Escuela de los Maridos. — El Médico á palos.
Don Juan Melendez Valdés. Las Bodas de Camacho.
Don Cristobal Maria Cortés. — La Casa sobre el buen tono. — Atahualpa. T. — Eponina. T.
Don Josef Sedano. La Posadera feliz, ó el Enemigo de las Mugerres. — La Pasion ciega á los hombres. — Silesia. T.
Don N. Isunza. Lidiar Amor y Poder hasta llegar á vencer, y Seleuco Rey de Siria.
Don Juan Climaco Salazar. Mardoqueo T.
Don N. Tudó. La Muger honrada.
 A. A. La Constancia española y Sitio de Calahorra — Troya abrasada. T. — Mitridates. T. — La Restauracion de Oran. — Berenice en Tesalónica. — La Viuda gaditana. — Don Rodrigo de Vibar. — Cual es afecto mayor, ó el Triunfo de Tomiris. — Temistocles. T. — Zayda. T. — Guillermo de Hanau. T. — Gerges. T. — Jonatás. T. — Beverley, ó el Jugador inglés. — Razon, Justicia y Honor triunfan del mayor valor, ó Alejandro en Scitaro. — Kaulikan rey de Persia.
Don Diego Rejon de Silva. Gabriela de Vergy. T.
Don Pedro Perez de Guzman, duque de Medinasidonia. Ifigenia. T. — Hernan Cortés. T.

- Don Vicente Camacho.* Demetrio en Siria.
- Don Lorenzo de Villarroel Marqués de Palacios.* Ana Bolena. T. — El duque de Alburquerque. T. — El Conde Don Garcisanchez. T. — Hernan Cortés. T. — El Conde de Saré. T. — Artabano. T. — Abdolonimo. T. — Alejandro el Noble. T. — Ana de Cleves. T. — El Duque de Somerset. T. — Semiramis. T. — Apocouque. T.
- Don Juan Pablo Fornér.* — El Filósofo enamorado, ó la Escuela de la amistad.
- Don Alvaro Maria Guerrero.* El Hidalgo Tramposo.
- Don Juan Pison y Vargas.* El Rutsvanscadt ó el Quijote trágico.
- Don Ignacio Garcia Malo.* Doña Maria Pacheco. T. — El Demofonte. — Coriolano. O.
- Don Josef Joaquin Mazuelo.* Sofonisba. T.
- Don Lorenzo Daniel, y Don Alonso Antonio Quadrado.* La Toma de San Felipe por las armas españolas.
- Don Alonso Antonio Quadrado.* El Valor de las Murcianas contra Lunas africanas.
- Doña N. Condesa del Carpio.* La Aya francesa.
- Fermin del Rey.* Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona. — La Enemistad mas cruel por suerte, amor y venganza. — La fiel Pastorcita y Tirano del castillo. — La Viuda generosa. — Caprichos de Amor y Zelos. — El Prisionero de guerra, ó un curioso accidente. — La Buena criada. — La Faustina. — Polixena. — Amfriso y Belarda,

ó el Amor sencillo. — Hernan Cortés en Tabasco.
— La Modesta labradora. — Areo rey de Armenia
ó la Elicene.

Don N. Villaverde. Zorayda reina de Tuncz. — Alfonso VIII en Alarcos. — El Bastardo de Suecia.

A. A. El Criado de dos amos. — Ariadna abandonada en Naxos. — La Muger variable. — El Comerciante inglés. — Telémaco. — El Tirano de Lombardia. — Esmaltes del honor, virtud, lealtad y valor, ó la Esposa fiel. — Cosroas y Heraclio. — El Médico supuesto. — Alexis. — Los Juegos olímpicos. — Avelino ó el Gran Bandido. — Lína. T. — La Virtud en la indigencia. — El Calderero y la Vecindad. — La Madre engañada. — Amalia ó la Ilustre camarerita. O. — El Mágico de Candahar. — Union del reino de Aragon con el condado de Barcelona. — A falta de Hechiceros lo quieren ser los Gallegos. — El Faeton. — Los Desgraciados felices, ó Acmet el Maguánimo. — El Optimista.

Don Domingo Botti. El Logrero, etc.

Luis Moncin. De dos enemigos hace el amor dos amigos. — El Triunfo de las Roncalesas. — El Viejo impertinente. — La Virtud premiada ó el verdadero Buen Hijo. — De un Acaso nacen muchos. — Quedar triunfante el rendido, y vencido el vencedor: Codro el Ateniese. — El Queso de Casilda. — Como ha de ser la Amistad. — Herix por

los mismos filos. — Amistad, Lealtad y Amor saben vencer el rigor. — El Feliz Encuentro. — La Buena Madrastra. — El Castigo en la traicion y triunfante el perseguido. — La Restauracion de Astorga. — Crueldad y Sinrazon, vencen astucia y valor, ó Maxencio y Constantino. — El Embustero engañado. — Olimpia y Nicandro. — Lograr el mayor imperio por un infeliz desengaño. — Para averiguar verdades el tiempo el mejor testigo, ó el Hijo de cuatro padres. — Sertorio el Magnánimo. — Los Esposos reunidos. — La Dicha viene cuando no se aguarda. — Un Montañés sabe bien donde el zapato le aprieta. — Persecuciones y dichas de Raimundo y Mariana. — Hallar en su misma sangre el castigo y el baldon, y crueldad de Mitrídates. — La mas Heróica piedad mas noblemente pegada, y el Elector de Sajonia. — El Asturiano en Madrid, y Observador instruido. — Hechos heróicos y nobles del valor godo español. — La Muger mas vengativa por unos injustos zelos, etc.

Doñ N. Ramonell. La Conquista de Mallorca.

Don Pedro Estala. El Pluto. — Edipo Tirano. T.

Don Mariano Luis de Urquijo. La muerte de César. T.

Joseph Concha. La Desgraciada hermosura, Doña

Inés de Castro. — El Matrimonio por razon de estado. — Narsetes. T. — Antes que todo es el Rey.

— El Honor mas combatido, y crueldades de Ne-

ron. — *La Nuera sagaz.* — *El mas Heróico Español.* — *Mustafá. T.* — *La Pérdida de España.* — *La restauracion de España.* — *Mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena, y natural Vizcaino.* — *A España dieron blason las Asturias y Leon, y triunfos de Don Pelayo.* — *Ciro, príncipe de Persia.* — *La Inocencia triunfante.* — *Premia el cielo con amor, de Cataluña el valor, y glorias de Barcelona.* — *Orestes. T.* — *El Rencor mas inhumano de un pecho aleve y tirano, y Condesa Jenovitz.*

Don Josef Ortiz y Sanz. Orestes en Sciro. T.

Antonio Robles. Blanca y Guiscardo. — *Manlio Capitolino. T.* — *Gustavo Wasa. T.* — *Ifigenia en Tauris. T.* — *Scipion en Cartagena.* — *El Mudo.*

Don Antonio Valladares y Sotomayor. — *A Suegro irritado Nuera prudente.* — *El Francés generoso.* — *A Diluvios de desdenes cura tempestad de zelos.* — *El Encanto por amor.* — *Faltar á padre y amante por obedecer al Rey, ó la Etreá.* — *A gran mal gran resistencia.* — *El Hombre singular.* — *La Enriqueta.* — *La Escuela de las mugeres.* — *El Desafio feliz.* — *Este es el mayor placer que el hombre puede tener.* — *El Amigo verdadero.* — *La Elmira.* — *De la mas fiera Crueldad sabe triunfar la Virtud.* — *Curar los males de amor es la física mayor.* — *Constantino y Fausta.* — *Buscar el mayor peligro y hallar la mayor fortuna.* —

Atis y Erinice. — El Católico Recaredo. — El Conde Werwick. — El Dichoso por la suerte y tambien por la eleccion. — El Comerciante de Burdeos. — Rufino y Aniceta. — El Culpado sin delito. — Amarse sin verse. — Adelaida reina de Francia. — Beneficios reiterados, con ingratitud pagados. — El Capitan y el Alferez ó la simple discreta. — De la Sepultura al Trono. — El Engaño amoroso. — Castigar con la fineza. — De fieras hace amor hombres. — Samir y Dircea. — El Vasallo Rey. — Los Dos famosos Manchegos, y Máscaras de Madrid. — Las Cuatro Naciones ó la Viuda sutil. — La posada feliz. — El Usurero zeloso. — Sidney y Wolsan. — La Maleta. — El Preso por amor ó el Real Encuentro. — Obsequiar y aborrecer. — Las Vivanderas ilustres. — Nunca el rencor vencer puede adonde milita amor. — El Vinatero de Madrid. — Trápala y Tramoya. — Los Acasos de una noche. — No hay solio como el honor. — Los Maragatos de Astorga. — No hay cosa que no se sepa. — El Trapero de Madrid. — Cual mas obligacion es la de Padre ó la de Juez. — La Noche crítica. — El Miliciano. — Lealtad, Traicion é Inocencia, ó Záfiro y Etolia. — Los Tios y los Sobrinos. — El Matrimonio deshecho. — Quien no pretende no alcanza. — El Rey es primero. — Efectos de la Virtud y consecuencias del Vicio. — La Fundacion de Madrid, por Manto y

Ocho Bianor. — El Grito de la Naturaleza. — Saber premiar la inocencia y castigar la traicion. — Los Huérfanos. — La Sangre sin fuego hierve. — La Amistad mas bien pagada. — El Marido de su hija. — El Tutor zeloso. — Despreciar una corona. — La Virtud premiada. — El Baron de Sinflock. — Las Máximas de un buen padre para hacer bueno á un mal hijo. — El Príncipe de Condé. — Hoy Don Juan y ayer Don Diego. — La Isabela de Plimout. — El Laomedonte. — El Hombre mordaz. — Los Jardineros amantes. — La Magdalena cautiva. — El Fabricante de paños. — Los Hermanos fingidos. — El Mentor. — Los Criados embusteros. — Exceder en heroismo la muger al héroe mismo, ó la Emilia. — Guzman el Bueno, gobernador de Tarifa. — Saber del mayor peligro triunfar sola una muger, ó la Elvira. — El Emperador Alberto ó Adelina. 1ª y 2ª parte. — El Galeote cautivo. — Defensa de la Coruña por la heroica Maria Pita. — El Carbonero de Londres. — A una grande heroicidad pagar con otra mas grande. — La dicha por un delito. — Eduardo III. — Cautelas contra finezas. — Las Buenas costumbres. — Damon y Roselia. — El Mágico de Astracan. — Eduardo IV. — El Sitio de Landau. — El Mágico del Mogol. — Etolia y Menope. — Empeños de un Abanico. — Por Esposa y Trono á un tiempo y Mágico de Servan. — Eduardo VIII. — La Amis-

- tad es lo primero. — El Mágico por amor. — Egi-
 lona, viuda del rey Don Rodrigo. — El Enfermo
 por amor. — Conseguir sin pretender. — El De-
 gradado. — Spartaco en Roma. — Eufrosina. Otro
 segundo Faeton tambien roto en Valdemoro.
D. N. Rodriguez. El Feliz hallazgo; ó el Abate mas
 astuto.
Don Bernardo Maria de Calzada. La subordinacion
 militar. — Caton en Utica. T. — Montezuma. T.
 — Alcira. T. — El Hijo natural.
Don Agustin de Silva, Conde Duque de Aliaga. Las
 Troyanas. T. — El Sofá.
Don N. Menchero. Brahen Ben Ali T.
Don Francisco Messeguer. El chismoso.
Don Francisco Duran. La industriosa madrileña; y
 Fabricante de Olot.
A. A. Los Amantes engañados ó los falsos rezelos.
 — El Delirio, ó las consecuencias de un vicio. O.
 — Matilde de Orleim. — Los Amantes generosos.
 — El Sacrificio de Isaac. O. — El fruto de un mal
 consejo contra el mismo que le da. — La Merien-
 da de horterillas. — Los Titeres, ó lo que es el mun-
 do. — Ricardo, corazon de Leon. O. — Los Peli-
 gros de la corte. — Juanito y Rosita. — El Jóven
 Carlos. — Las dos Hermanas. — Los Viages del
 emperador Sigismundo, ó el Escultor y el Ciego.
 — El Reloj de madera. O. — Las Minas de Polo-
 nia. — Una hora de ausencia. — Los Forasteros

en Madrid. — El Molino de Kléber. — El hombre de la Selva negra, ó el Picaro honrado. — Las Esposas vengadas. — Idomeneo. O. — El Sor-do en la posada. — La Andria. — Las Ruinas de Babilonia. — Los Palos deseados. — Las Cárceles de Lamberg. — La Madrastra. — La Escuela de los plebeyos.

Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos. Las Hermanas generosas. — Idomeneo. T. — Zorayda. T. — La Condesa de Castilla. T. — Pítaco T.

Don Luciano Francisco Comella. Catalina II, emperatriz de Rusia. — Catalina II en Cronstadt. — Federico II, rey de Prusia. — Federico II en el campo de Torgau. — Federico II en Glatz. — La Jacoba. — La Cecilia, 1ª y 2ª parte. — El pueblo feliz. — Luis XIV el Grande. — La Buena Esposa. El Abuelo y la Nieta. — El Buen Hijo ó Maria Teresa de Austria. — Ino y Temisto. T. — El Buen Labrador. — Maria Teresa de Austria en Landau. — El Error y el Honor. — La Escocesa de Lambrun. — El Tirano Gesler. — El Casado avergonzado. — El Tirano de Ormuz. — Doña Inés de Castro. — Los Esclavos felices. — La Dama desengañada. — La Cifra. O. — El Hijo reconocido. — Ino y Neyfile. — La Isabela. O. — La Moscovita sensible. — La Novia impaciente. — Doña Berenguela. — La Dama sutil. — Los Dos Amigos. — El Hombre agradecido. — El Estatua-

rio griego. — El Dichoso arrepentimiento. — El Engaño desengaño. — El Sitio de Calés. — Los Falsos Hombres de bien. — El Ayo de su hijo. — El Fenix de las mugeres ó la Alceste. — La Escuela de los zelosos. O. — El Hombre de bien. — Natalia y Carolina. — La Familia indigente. — La Judit castellana. — Asdrubal T. — Los Amantes de Teruel. — El mayor rival de Roma, Viriato. T. — La Razon todo lo vence. — Siquis y Cupido. — El Ardid militar. — Los Hijos de Nadasti. — El Hombre singular ó Isabel I de Rusia. — Cadma y Sinoris. — Nina, ó la loca por amor. O. — El Fenix de los criados ó Maria Teresa de Austria. — Los Amigos del dia. — El Matrimonio secreto. O. — Cristóbal Colon. — Pedro el Grande, Czar de Moscovia. — Séneca y Paulina. — Andrómaca. — El Avaro. — Alexandro en Oxidraca. — Los Amores del Conde de Cominges. — El Indolente. — Las Lágrimas de una viuda. — La Enferma fingida por amor. O. — El Negro sensible. — Hércules y Deyanira. — Cristina de Suecia, etc.

Don Francisco Copons. Ramona y Roselio. O.

Don Francisco Rodríguez de Ledesma. Mahoma. T. — El Petardista adulator. — El Vicioso celibato. — Lucrecia Pazzi. T. — La Moda. — Virginia romana. T. — Leonido ó el Amor desgraciado. — La Clemencia de Tito.

Don Vicente Rodríguez de Arellano. Jerusalem con-

quistada por Godofredo de Bullon. — El Zeloso D. Lesmes. — El Atolondrado. — La Parmenia. Marco Antonio y Cleopatra. — Solimán II. — El Esplin. — Dido abandonada. — La Atenea. — La Noche de Troya. — Armida y Reinaldo. 1ª y 2ª parte. — La Muger de dos maridos. — El Pintor fingido. — Augusto y Teodoro, ó los Pages de Federico. — El Sitio de Toro, y noble Martín Abarca. — El Duque de Pentiebre. — A Padre malo buen hijo. — La Dama labradora. — El Marinerito. O. — El Gran Seleuco. — La Reconciliacion ó los Dos Hermanos. — Clementina y Desormes. — La Opera cómica. O. — La Fulgencia ó los Dos Maniáticos. — Cecilia y Dorsán.

Don Santos Díez Gonzalez. Amfitrion. — El Casamiento por fuerza.

Don Gil Lorena de Arozar. La Lealtad ó la justa desobediencia.

Doña Maria Rosa Galvez. Saul. — Blanca de Rossi. T. — Safo. — Florinda. T. — Amnon. T. — Zinda. T. — Alibeck. — La Delirante. — Catalina ó la Bella labradora. — Un loco hace ciento.

Juan Gonzalez del Castillo. Numa. T. — La Madre hipócrita. — El Ventorrillo por la mañana. — El Gato. — El Chasco del manton. — El Payo de la carta. — El Soldado fanfarron, 1ª, 2ª y 3ª parte. — Los Zapatos. — El Maestro Pezuña. — Casa de vecindad de Cádiz, etc.

- Don Manuel Josef Quintana.* El Duque de Visco. T. — Pelayo. T.
- Don Gaspar de Zabala y Zamora.* La Justina. — El Amor perseguido y la Virtud triunfante. — El Naufragio feliz. — Tener Zelos de sí mismo. — El Triunfo del Amor. — Sitio y toma de Breslau. — El Premio de la humanidad. — Cenobia y Radamisto. T. — El Amante generoso. — El Perfecto amigo. — Semíramis. T. — El Día de campo. — El Amor constante ó la Holandesa. — La Tamara ó el Poder del beneficio. — Alejandro en Sogdania. — Llegar á tiempo. — El Bueno y el mal Amigo. — Aragon restaurado por el valor de sus hijos. — Palmis y Oronte. — Carlos V sobre Dura. — La mas heróica Espartana. — El Rey Eduardo III. — El Imperio de las Costumbres. — El Confidente casual. — La Destruccion de Sanguento. — La Tienda de joyería. — Faustina y Jenwal. — La mayor piedad de Leopoldo el Grande. — Selico y Belisa. — Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre y la toma de Milan. — Los Exteriores engañosos. — Las Víctimas del Amor, Ana y Sindham. — Eurídice y Orfeo ó el Amor constante. — Una Pieza cómica que no es Pieza cómica. — La Hidalguía de una Inglesa. — El Czar Iwan. — El Calderero de San German. — El Amante honrado. — Las Tramas de Garulla. — Adriano en Siria. — La Real Clemencia

de Tito. T. — El Amor dichoso. — Carlos XII, rey de Suecia, 1ª, 2ª y 3ª parte. — Ser Vencido y Vencedor, Julio César y Catón. — El Soldado exorcista. — Belerofonte en Licia.

Juan Lopez Estremera. Los Expósitos, etc.

A. A. El Matrimonio casual. — A Pícaro, pícaro y medio. — Una Travesura. — El Negro y la Blanca. — Los Valientes en la aldea. — La Prueba caprichosa. — El Divorcio por amor. — Los Toros de Juan Tuerto. — El Carpintero de Livonia. — Ginebra de Escocia. — La Intriga por las ventanas. — El Anciano y los Jóvenes. — La Esposa culpable. — El Sombrero que habla. — Blanca de Borbon, T. — Quien Porfía mucho alcanza. — El Contrato anulado. — La Casa en venta. — A Perro viejo no hay tus, tus. O. — La Novia de Gándul. — Los dos Ayo. — El Ermitaño del monte Posilipo. — La Intriga Epistolar. — Mi Tia Aurora. O. — Mentira contra mentira. — El Tio Legaña. — La Correccion maternal. — El Capítulo segundo. — La Inés. — La Novia colérica. — El Fin del pabo. — La Griselda. O. — El Bosque de Senart. — Los Vecinos. — El Secreto. O. — La Tertulia extravagante. — El Médico turco. O. — La Prueba de la ausencia. Ademar y Adelaida. — Guerra abierta. — La Familia árabe. T. — El Cuadro. — La Vestal, O. — Rómulo y Ersilia.

- Don Juan Francisco Pastor.* Pablo y Virginia.
- D. N. Rebolleda.* El Amor y la Intriga.
- Dionisio Solis.* Romeo y Julieta. — El Hijo de Agamenon. T. — Tello de Neyra. T. — Misanropía y Arrepentimiento. — Juan Calas ó la Escuela de los jueces.
- Don Josef Vargas Ponce.* Abdalásis. T.
- Don Simon de Viegas.* El Rábula, ó el Abogado hablador.
- Don Andres Miñano.* El Gusto del dia.
- Don Antonio Sabiñon.* Alejandro en la India. — Los Hijos de Edipo. T. — La Muerte de Abel. T. — Cleonice.
- Don G. W. y M.* El Conde de Korff en Thionville.
- Don Julian de Velasco.* La Muger zelosa.
- Don Tomas Garcia Suelto.* El Cid. T. — El Solteron y su Criada.
- Don Andres de Mendoza.* La Lugareña orgullosa.
- Don Agusttn Garcia de Arrieta.* El Conde de Olsback. — El Zeloso confandido.
- Don Juan Francisco del Plano.* La Orgullosa. — Gombela y Suniada. T.
- Don Feliz Enciso Castrillon.* El Distraido. — El Español y la Francesa, — Gerarda y Dorotea. — El Teatro sin actores. — Hijo legitimo y natural. — El Reconciliador ó el Hombre amable. — La Comedia de repente.
- Don N. Isusquiza.* El Zeloso y la Tonta.

- Don Miguel Sarralde.* Los Rechazos. — Los Gemelos.
- Don Josef Mor de Fuentes.* El Calavera. — La Muger varonil.
- Don Josef Rangal.* Los Templarios. T. — Felipe II. T. — Motezuma. T.
- Don Manuel Bravo.* El Certamen poético. — Los Compromisos. — La Llegada oportuna. — Los Parvulitos.
- Don Josef Maria Carnerero.* Citas debajo del olmo. — Elvira y Perci, ó los Efectos de la violencia. T. — El Viajante desconocido. — La Novicia. — La Huerfanita. — La Campanilla, ó el Diabolo page. O. — La Antesala.
- Don Francisco Altés y Gurena.* El Conde de Narbona. T. — El Conde de Cominges. — Gonzalo Bustos. T. — El Expósito, ó el Mozo de café.
- Josef Maqueda.* Sancho Panza en su gobierno. — El Entierro de D. Guillermo.
- A. A.* La Noche de un proscripto. — El Desquite. — El Pregunton y el Cadete. — La Comedianta. — La Cabeza de bronce, ó el Desertor húngaro. — El Panarizo de Federico II, ó la Peticion extravagante. — No se compra amor con oro. O. — El Adivino por casualidad ó el Diamante perdido. — Omasis, ó Josef en Egipto. T. — Los Hermanos á la Prueba. — El Turco en Italia. O. — Carlos y Carolina, ó los Esposos perseguidos. — La Condesa de Collado hervoso. O. — La Fuer-

za de la ley, ó la Corona de laurel. — El Héroe Mina en los campos de Arlaban. — El Alcalde de Sardam, ó la Taberna holandesa. — La Familia á la moda. — Marco Antonio. O. — El Hombre gris. — La Cenicienta. O. — El Perro de Montargis. — Juanita y Felipe. O. — La Treinta y una. O.

Don Luis de Mendoza. Padilla. T.

Don Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano. Alíatar. T. — Lanuza. T.

Don Josef Joaquin de Mora. Nino segundo. T.

Don Francisco Martinez de la Rosa. Lo que puede un empleo. — La Viuda de Padilla. T. — La Hija en casa y la Madre en la máscara.

Don Fernando Cagigal, Marqués de Casa-Cagigal. El Matrimonio tratado. — Los Perezosos. — La Sociedad sin máscara. — La Educacion. — El Murmurador. — El Engaño feliz. O.

A. A. El Donado fingido. — La Pierna de palo. O. — La Italiana en Argel. O. — Los Huéspedes, ó el Barco de vapor. — Los Ladrones de Calabria. — Seguir dos liebres á un tiempo. — La Equivocacion, ó los dos Mendozas. — El Baron de Felsheim. — El Amigo íntimo. — El Monte de San Bernardo. O. — Leon de Norbel, ó el Preso de Stocolmo. — El Fundador de las casas de niños expósitos Vicente Paul. — El Leñador escocés. — Vasconia salvada. T. — Cayo Graco. T. — El Re-

mordimiento ó la Capilla de Glenstor. — Roma libre. T. — Virginia. T. — Federico y Carlota, ó el Hijo asesino del padre por socorrer á su madre. — El Supuesto Estanislao.

Don Manuel Eduardo de Gorostiza. Indulgencia para todos. — El Jugador. — El Amante jorobado. — Tal para cual, ó los Hombres y las mugeres. — Don Dieguito. — Las Cuatro guirnaldas. — Las Costumbres de antaño.

EDANTES

— EGO —

- movimiento ó la Casilla de Glencoe — *Humans*
 T. — *Virginia*. T. — *Lebrón y Carballa*, ó
 el libro necesario del padre por socorro á su ma-
 — *El Sagrado Estándar*.
 — *El Manual de Comercio Industrial para*
los Niños. — *El Jugador*. — *El Amante porobado*. —
 — *Los pais coal, ó los Niños y las niñas*. —
 — *Don Diego*. — *Las Cuatro genaralidas*. — *Las*
Costumbres de un.
 — *Don Juan de los Rios*. — *T. en*
el.
 — *Don Francisco Martinez de la Rosa*. Lo que yo
 un ejemplo. — *La Vida de Paddy*. T. — *La*
en.
 — *Don Fernando Ojeda*. *Marqués de Casa Capota*.
 — *El Movimiento*. — *Las*.
 — *El*.
 — *El*.
 — *La*. — *Los*.
 — *El*. — *Los*.
 — *Seguir*. — *La*.
 — *El*. — *El*.
 — *Los*. — *El*.
 — *El*. — *El*.
 — *El*. — *El*.

LA DERROTA

DE LOS PEDANTES.

Neminem specialiter meus sermo pulsabit.
Generalis de vitis disputatio est. Qui mihi
irasci voluerit, prius ipse de se, quod talis
sit, confitebitur.

S. HIERONYM. EPIST. AD NEPOTIAN.

LA DERROTA

DE LOS PEDANTES

Esta obra no necesita prólogo: por eso no le tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponérselas.

Impreso en la imprenta de D. Juan de la Cruz, en la calle de San Mateo, número 10.
Año de 1845.

levantó tal estruendo en los patios, corredores y portales del palacio, que parecía hundirse aquella soberbia mansión. Alcése Mercurio de un salto de la cama al suelo, y habo de portar el juicio hallándose á pie, esto es, sin

ESTABASE Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma: un mosquitero verde le defendia de pelusa y moscas: la alcoba tenebrosa y fresca: el palacio en profundo silencio; y el dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente Magestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se

levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio: dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie, esto es, sin talaras, porque Madama Terpsícore, la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco antes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado por hacerle rabiarse. Afligióse sobremanera, y á tientas se puso los greñescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano, si no depone todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del

alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena, y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. ¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo: qué es esto? ¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuets: ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las Musas cual mas cual menos estropeadas, y Apolo nuestro señor muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos mas. ¿Pero no sabremos?..... No hay mas que saber; añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa y acudir todos á la defensa, sin

andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro.

¡Cáspita, dijo Mercurio, y en qué lindo día me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite por mas que mi hermano me molia á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de nectar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo no fuera tonto, no me sucederia esto. Majadero de mí que podria estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda. ¡Voto va mi fortuna!

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba hervorizando

en un tejado húmedo, y otros corrían desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ageno de lo que pasaba roncaba todavía como un Provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia despertarle; de manera que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado mascullillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia que entraron en el dormitorio dando alaridos, y remesándose los pelos como unas desesperadas.

¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por

la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. ¡Ay! y dirasle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer gigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. Ay hijo mio: ¿descalabrado es-

tás? dijo Erato: pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿Qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion? No son esos, replicó Polimnia: ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleteros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan, y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen

tráfico del talento ageno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas: otros, que no habiendo saludado jamas los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de

mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos en fin, los que haciéndose intérpretes de la Nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflotos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados Príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus Reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demas. ¿Pero qué me detengo?..... ¡miserá!..... Corre, y verás

por tí mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las Musas castellanas se perdieron para siempre.

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detras de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre; y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcazar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y

ganar los puestos que se le defendian. El ejército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los Poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias Ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni gefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses rezelaron mucho del éxito que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astro-
sa que al paso le prestó un proyectis-
ta, y se caló hasta las cejas un bonete
de doctor para no ser de nadie cono-
cido. Echó á andar siguiéndole su her-
mano, y á breve rato se hallaron en
lo alto de la escalera. Mercurio quiso
informarse del estado de las cosas, y
volvió diciendo que por parte de los
suyos se hacian prodigios de valor; pe-
ro que era tal la fuerza contraria, que
temian verse precisados á retirarse á
las eminencias para desde allí ofender
con mas ventaja, aunque en menos
terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el
dios de los tabardillos, tanto, que al
escucharlas comenzó á temblar de pie
y de mano como los que tienen mu-
cho miedo; el cual miedo se le aumen-
tó sobremanera viendo subir á Terp-
sícore muy llorosa y cariacontecida,

con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos, ¡ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor: los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes, ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban: los enemigos se aumentan sucesivamente: no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

¿Y mis zapatos? dijo Mercurio, ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera, pónelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados. ¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escaarpines aligeros: ¿yo escapar? no en mis dias:

ahora sí, escapar: dejadme á mí, y vereis quien es Calleja.

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete; y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. ¡Ah de abajo! decia, ¿qué tremolina es esta? ¿qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcazar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea: alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: mi hermano Apolo quiere que dejeis las ar-

mas por una y otra parte: y á vosotros, quien quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuviéreis, me la digais al instante, sin andaros en ambajes ni tranquilas, que como ella sea justa, desde luego quedareis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañifaba diciéndoles que

callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podía lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: puesto que no es posible haya union en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon

de esa escalera, ni vosotros pasareis tampoco de la línea de estos arcos: nadie se atreva á insultar á otro: no hagan gestos, ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella: porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buhidos, y todos ellos sin estrenar. Esto decia el dios del babeo únicamente para atemorizarlos: porque segun se supo despues, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpomene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate: las tropas se retiraron á los parages señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, mar-

chó con el perillan que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa: torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio: tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusgullo

de amenaza: que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traído, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier exceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso: asomóse de camino á un agujero que caía al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en de-rechura á la carbonera donde estaba

su hombre: escuchó un poco por la cerradura y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte, y llorando su prision como pudiera el mismo Macias.

¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.

En esto le abrió la puerta del cochiril diciéndole muy halagüeño: salga acá afuera, señor galan, salga acá afue-

ra, que ya he llegado á entender su habilidad: salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

¡Oh favor! exclamó el de los ovillejos, ¡oh favor! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistia; pero no lo pudo evitar: levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula officiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podia contener la risa.

¡Qué es posible, decia, arqueando

las cejas y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo numen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! ¿Pero es cierto, soberano Alípede, es verdad, ó ilusion dulce de mi deseo? ¿Es realidad física, ó extravío de la imaginacion férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada calígene... No es calígene, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le jugueis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

¿Qué decís, ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá caber en los celestes núme-

nes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. Si es posible ó no, añadió Mercurio, veréislo despues; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardias de estilo, lo habreis de pasar muy mal, señor repentista. *Sileo libenter*, dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

¡Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué

opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dirá que un hombre como yo, de tan exquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y obscurecido entre el vulgo, *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados

en mi guardilla, que jamas verán la luz pública: ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo: esto es, *pauperiem*, la pobreza, *pati*, sea para tí que yo no la quiero: tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada.

¿Y qué obras son estas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios.... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto.

Primeramente tres epopeyas con-

cluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevencion, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear.

¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿qué diré sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la obscuridad de la carbonera, y á los cendales arácnos que me cubrian? ¡Pero qué sonetos! ¡qué madrigales! ¡qué romances!

¡qué estrambotes! ¡qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, zelos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demas la naturaleza.... ¡Ay mi dulce Nise! ¡ay idolatrada señora mia! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi Coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi numen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias.

Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que como llevo dicho vulneró mi corazón en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si quereis la prueba, unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro Soberano: dicen así ni mas ni menos, *favete linguis*:

El dia diez y siete del corriente,
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto,
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.
Y como era preciso, cada uno

Llevó á la fiesta su mejor caballo ;
De manera que cosa mas lucida
Ni se ha visto jamas ni se ha pensado.

Todos iban de gala , como digo ,
Con vestidos muy ricos , bien cortados ,
Los mas con bordadura , y los restantes
A cada cual mejor (si no me engaño.)

Pues como llevo dicho , se dispuso
La cabalgata , y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa ,
Segun estaba ya determinado.

Y al llegar á la puerta.....

Basta , basta , dijo Mercurio , no me reciteis mas versos , que esos pocos me han parecido detestables , y me sospecho que los demas no serán mejores : callad por Dios , que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

Atolondrado me vea yo á garrotazos , prosiguió el poeta , si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamas de cabeza humana ; pero ni el público la ha gozado hasta ahora , *proh dolor!* ni sé cuando

me veré con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo sin haber almorzado todavía! ¡yo debiendo cincuenta reales al P. Procurador del Cármen por los alquileres de mi desvan! ¡yo que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez de Matrimonio*! ¡yo que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! ¡yo que he comentado los *Comentarios de Gongora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¿quién ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfion harmónico? Sí señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun

manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué sería, ¡oh Cilenio raudo! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? ¿Pero qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo..... El mismo infierno con todas sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio: ¿qué es esto? ¿No os he dicho ya que calleis? ¿Os estareis hablando hasta mañana, parlanchin ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuelle vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

Parce domine, respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alípede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero

lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso: el pavimento y las paredes eran de esquisitos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veían los orígenes de las artes y los progresos del talento humano, muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veia á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió despues á materias mas durables, variando segun la mayor ó

menor consistencia de ellas la proporcion de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose despues lentamente con la invencion casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeños hijos. Los árabes y caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la

distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y bronces tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecían leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veían florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el padre Homero, á quien rodeaban con admiracion los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro al son de la lira celebra-

ba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Saffo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetía muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudía la juventud de Grecia á escuchar en las Academias, el Liceo y el Pórtico, las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del

atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió despues para obscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte Demócrito y el divino Hipócrates reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá Demóstenes desde la tribuna de las arenas conmovia al pueblo ateniense, le persuadia por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; excitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimón y el justo Arístides; y oponiéndose por una parte á todo el poder de Filipo, y por otra á la envidia,

la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio, y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, asi ocupaban por su orden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demas al ver su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad que le desfiguraban en parte las bar-

bas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrían el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambeles por las orillas á modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba: él te dirá lo que deseas saber. Y acercándose á él le dijo al oido: mirad, señor, que aquí no os sufrirán disparates; decid claramente quienes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos, porque si así no lo hiciéreis, témome mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta

tarde: y habiendo dicho esto, se fué volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósele Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

Reverberante Numen, que del Istro
Al Marañon sublímas con tu zurda,
Al que en ritmo dulcisono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:
Si la alígera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Harmónica pasion, ¡ ay! no te aturda
Ver rompo de tu tímpano el teristro.

La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Ouest y el Austro.
Y hurtando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro.

Reventaba Apolo entre la indigna-

cion y la risa: las musas se tendian por los suelos dando exorbitantes cajadas: los poetas se miraban unos á otros sin saber lo que les sucedia, y el badulaque muy satisfecho se disponia á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja que estaba inmediato, le dijo: ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declameis versos tenebrosos; lo que únicamente quiere es..... ¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes: pues allá va, hijo de Latona, escuchadme venévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda,
Rauca mi lira atiende tosca y burda,
Simil no mucho á resonante sistro.
Que si tal vez alado el de Caistro

Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz, rompiendo el diáfano teristro;
No ya disimil yo, si el Indio electro
Prestarme gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro,
Métricos mucho al eminente claustro
Llevaré ritmos ¡oh divino espectro!
Que el zenit giras en ebúrneo plaustro.

Ola, ministros, dijo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle y enviádsele á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los genios tartáreos y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo, no quiero verle.

Esto decia el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograrse el fin á que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus des-

barros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin se moderó algun tanto, habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan, y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar á Tesifone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas joven-cita y agraciada de todas las furias;

pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y D. Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

Haré cuanto me decís, respondió despues de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio délfico, deidad esmíntea, el suceso es este:

Yo aunque indigno, y mis compañeros los del zaguan, somos alumnos vuestros: la divina Poesis fué nuestra delicia desde los años infantiles: hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion, basta esto; *suffieit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

¿Qué es Poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos mononcitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composición? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un Rengifo por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro Rengifo, que hemos pasado toda la vida en esta ocupación, y que altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han

de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cual debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? ¿coser zapatos? ¿alquilar camas? ¿vender achicorias? Claro es que no: claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo: así pues, siendo poetas, debemos poetizar y no otra cosa: debemos ilustrar á la nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

Pero esta nacion ingrata, ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros procurando su felicidad y su

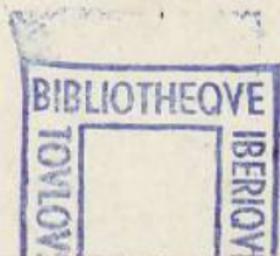
gloria la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido según la hemos visto decadente y mal parada.

Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego) cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

Se ajustó la paz, coplas á la paz: nacen los Gemelos, coplas á los Gemelos: nace nuestro Príncipe Fernando, coplas á D. Fernando: se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, pro-

clamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

¡Pero con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Qué felices invenciones las nuestras! ¡oh qué felices! ¡oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esau! ¡oh Rómulo y Remo! ¡Con qué oportunidad la Providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra Princesa habia dado á luz un Esau brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en



elogio de los dos malogrados Infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

¿Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¡Soberrano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido: ¿se trata por ejemplo de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trasgo, una ninfa ó cualquiera otro personage alegórico, con gran concur-

so de geniezuelos alrededor; y este tal personage reprende al vate su modorra y su pigricia, le manda que se levante inmediatamente y que escriba esto, y aquello, y lo de mas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas; con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

¿Y el estilo? ¿y la versificación? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillo mas diminuto y vil, á las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroborro perenne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

Así nos lo persuadíamos, con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por me-

dios honrados en esta vida transitoria.
Pan curat oves, oviumque magistros,
como dijo Gronovio muy á mi intento.

¿Pero qué sucedió? ¡oh iniquidad!
¡oh livor! ¡oh influjo adverso! ¿Qué
sucedió? Que así como el murciélago
torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo
Requejo, y con él Calepino, Facciolati
y otros), que así como el murciélago
torpe que busca las tinieblas pavoro-
sas del angosto mechinal, aborrecien-
do la claridad diurna, si tal vez la atre-
vida mano pueril asiéndole una de sus
aurículas, le extrajo con violencia de
su lobreguez apetecida, no pudiendo
con cecuciente párpado sufrir los ra-
yos de luz que iluminan al orbe, for-
ceja, y se resiste, y bate las alas mem-
branáceas, y se desespera, y chilla, y
muerde, y araña la mano que le tiene
asido; de la propia manera no pudien-
do algunos zoilos malévolos resistir la

esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponia la opacidad de su insipiencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

Este fué el galardón, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: despues de habernos recocado los sesos en amontonar erudicion gentilica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocupacion ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo que nos hallaba en vela todas las noches, *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

Pero como por especial favor de la Providencia así somos estupendos poetas como filólogos incomparables, dis-

currimos ~~no~~ ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos á quien vuestro celeste incendio más inmediatamente re-tuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y corrección, que algunos invidios traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan económicos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nación gran cantidad de epigramas, díchicos,

anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡Oh cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡oh qué traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y qué comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente; bien es verdad que segun él está arreglado, parece que se hizo expreso para que

yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavía, allí retumbamos, y ¡oh nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesion!

¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros, sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches..... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente ve-

nerados? ¿Por qué siendo tan desafortunadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

Ya en algun modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuan pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigili-
as, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir: el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho dias, el público se desengaña, ó nosotros por un quítame allá esas pa-
jas nos estropeamos á garrotazos en un portal, y la discordia que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilión, nos conduce al hospicio, ó

nos reduce á la sopa de un convento.

Pero en el *hic et nunc*, en qué tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia, cuando circuidos de horrores y faltos de consejo, hollábamos caliginoso pavor, y palpábamos atezadas lobreguezes, *ecce Corinna venit*, *ecce* benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un Príncipe, la nacion le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurreccion.

Queremos cantar, sí señor, queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del Príncipe D. Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las

felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volveremos á extasiarnos y á dormirnos; y cruzarán por esos aires á media noche, al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heróicos y romanzones, que será una confusion.

¿Y los toros? ¡Oh mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias exquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se caigan, para los que corran, y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurridas para las lunadas fieras, y qué lindas

comparaciones en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Fálaris, el toro de san Marcos, el toro de Europa, y el toro *pater!*

Queremos pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas: no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto abajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá Diario, ni Gaceta, ni Biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras.... Pero ¡ay, cirreo Numen! ¡ay, reverendo Citarista fúlgido! ¡Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

¿Qué haremos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críti-

cos que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior actus*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ¡oh deidad crinada y arcitenente! aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada segun estilo, en la cual se exprese que nuestras obras, las ya publicadas, y las que vamos á publicar; de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perrerías, son ele-

gantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Direis además, que nosotros los que tales obritas hicimos y harémos, no somos poetillas bueros, trasgos ridículos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcísonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobacion hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Direis, que para que la nacion acabe de iluminarse, es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la Corte; en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Direis que

en materias de buen gusto, de lógica, de erudición, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiéndole, que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente, amonesta, y en caso necesario manda, y condena á todo erudito que sepa deletrear á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupción poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo Príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita; para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subve-

nir á nuestras urgentes necesidades.

Tal es, señor, nuestra pretension: con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos mas peligrosos, cuando hallamos nuevas dificultades. En una floresta sombría que el abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el zéfiro las alas sutiles ungidas en aromas índicos..... pero en vuestro ceño, radiante Numen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo pues adelante.

En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio,

del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada tácitos y tranquilos: comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicimoslo así: nos preguntaron ¿quiénes éramos, y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecia gefe de los demas un volúmen membranáceo, leyó en él no sé qué índices ó apuntaciones; y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio pónico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos: que nuestras obras se habian examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero: que Apolo nos habia maldecido solemnemente en pleno consistorio hasta unas cuatro doce-

nas de veces; y que sería ofenderle el dar un solo paso adelante.

Esto nos dijo Luzan, que así parece que se llamaba: si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del día, consideradlo mientras lo restante paten-tizo.

Replicámosle como era razon: sacamos para su desengaño nuestros manuscritos: no quiso verlos; y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representamos humildes: negóse discolo; y encendido en cólera fulminó dicitorios y amenazas. Ya era justísima la vindicta: arremetimos intrépidos: dimos con él en tierra: acudieron gentes en su ayuda: trabóse bélica porfía, y fluctuamos en incierto Marte, hasta que el cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe*, quedando

en el campo casi difunto el gefe, y los mas de sus atrevidos secuaces ó confusionados, ó vulnerados, ó mítilos.

Seguimos adelante; y si bien advertimos que nuestra victoria habia alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra, proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcazar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fué vana su pretension: llegamos á los umbrales venerandos, que saludamos humildes, y al pisar los átrios magníficos vimos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía; pero interrumpiendo gárrulos el apologéti-

co discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápidas, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letífera Tesífone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos milites, daban al Bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutia. El Numen belígero, abrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los ejes férvidos, y agitando flagelífero cuádriga indómita. No de otra manera fulgurando el eter, se precipita rápido.....

Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo, calla y no abuses mas de mi paciencia: vete, y dí á esos hombres que huyan presto, que se oculten en

donde yo jamas los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nacion y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

¿Qué enjambre es este de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde están aquellos pocos que deberian oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interes abatido y sórdido? ¿En dónde están?

Cierto es que en todos los paises, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en

pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo, animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre, el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demas, y uno, uno solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produjo.

¿Pero qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debian escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? ¿Qué? ¿Tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa

juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los ejercicios útiles, se abandona instigada de la necesidad á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

¿Vacilareis siempre entre las contradicciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extrangeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las otras lenguas que no traduzcais á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os

atreveis á tocar, porque habeis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

¡Y qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastante-mente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el exceso el habla castellana, *enervando* su robustez, y *afeando* con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

¿Llegará el dia en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepais conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron des-

pues en su país, haciendo gloriosa entre las demás por su sabiduría á aquella misma nación que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

Entonces no se instruían los españoles en compendios y poliantes: no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, menos frívola: los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo: las obras de mérito que tiene la nación, entonces se escribieron; estudiadlas.

Su lectura os dará á conocer cuales fueron los principios de la renovación de las letras en España, cuales las causas de su esplendor y las de su decadencia: vereis también lo que debeis tomar necesariamente de los extranjeros, y lo que teneis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afán.

Sí, de imitarse: porque sería indecoroso además, y fuera de propósito,

que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha producido: sería indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta, carecer de las prendas de estilo, language, versificacion é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

Entonces se extinguirá quizás aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres, aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su na-

cion, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce; y á otros por el extremo opuesto los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas, porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo, exactitud y buena fé en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime segun al autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos mas discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer co-

mo excelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nacion; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un escritor ingenuo tales artificios: la verdad, por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el language de un buen ciudadano, y el que no la lleva en la boca como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

Por estos principios conoceréis cuan despreciables han sido vuestras fatigas, y cuanto os habeis apartado de la verdad cuando mas habeis querido demostrarla: vereis tambien que no son doctos, ni jamas han merecido nombre de tales, los que uniendo ideas

inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no solo dañosas á quien las lea porque en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque excitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

Cesará entonces esta guerra continua que manteneis unos con otros sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la razon sola os enseñará que no es dado á la mas fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas, no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que graduan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa

nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con mas justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que como vosotros, sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices; que ni instruyen, ni deleitan, ni pueden excitar en cualquiera lector juicioso mas que el desprecio, la compasion ó el asco.

¿Y son estos, son estos los que esperan mi aprobacion para cantar con ahullido disonante las felicidades de la nacion española en la jura de su querido Príncipe? Tan grande asunto,

digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esta turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la monarquía. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del tronco ilustre de Borbon: delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al cielo que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos ejemplos que de él reciba, que ni la magestad ni el cetro son comparables á la virtud; que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los Reyes imágenes de Divinidad en la tierra, que

ella sola une en durables vínculos al vasallo con el Monarca, y que sin ella los estados mas poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo que al tiempo mismo que el jóven Príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz, le halague con ósculo dulce, y entorno le sigan las ciencias y las artes todas que moderan la natural ferocidad del corazon humano, para que á su vista conozca cuanto es mas dichosa una nacion por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias: mal necesario tal vez y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! illustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goze lo que de él espera, cuando despues de largos y felices dias, pa-

sando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno Príncipe, aun mas allá de los límites de su grande imperio.

Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos, y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías, y no os pide en tal ocasion elogios insulsos ni versos ridículos y despreciables, que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras no bien conocidas todavía en un pais en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y

las pequeñas pasiones que aspiran á obscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

Pero ¡vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!.... Vete, y dí á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida: que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle.

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal; de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y éstos viéndole venir se previnieron de

suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fué á un tiempo. Era de ver como iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada peñola á referir lo que Mercurio hizo mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa: habia llegado á entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apo-

lo no podia concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo á garrotazos se podria concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados á tales peleonas: tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que ademas se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse despues del órden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja

era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia alrededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase al ala derecha: la izquierda Don Diego de Mendoza: el centro D. Alonso de Ercilla; y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al Conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristobal de Virues, y otros sugetos de acreditado valor y experiencia militar.

Despues de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir hácia la escalera cuanto hallaron que podia ser

útil para un caso de rompimiento: acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos que hasta entonces no habian servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera cuando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho pues todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fuese volando á decir á su hermano cuanto habia dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus

razones y autoridad ni debian, ni podian oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaria respeto y moderacion, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendia; pero hubo de ceder mal de su grado á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

A este tiempo empezó á notarse un rumor y conmocion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oracion de su embajador; pero dando Mercurio un grande abullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Dijoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces levantado en hombros de los mas robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mugeres é hijos si los tenian. Que no creyesen que la nacion perderia nada perdiéndolos á ellos, pues no solo la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamas ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Díjoles tambien que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, sien-

do buenos, bastan para ilustrar á todos los demas con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacendera y trivial como se habian imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparacion á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa

culta, y que sobre todo abjurasen de buena fé el error de haberse creido poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos: gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Mas iba á decirles; pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguán, los gritos y amenazas, que Apolo temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entretanto la gritería y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corria de un lado á otro ati-

zando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios: ellos que no necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á qué extremo llegó entonces su frenesí. No es ese, decian, no es ese Apolo: á ese no le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tararira: que venga el hijo de Latona, que venga, él nos conocerá, y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos.

Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invencion? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia

que no se han de reir de mí: no, sino haceos de miel y paparos han moscas: para ellos no sirven razones; lo que no les duele no les persuade; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos.

Dicho esto, se metió entre los suyos: repitió las órdenes: previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habian prevenido.

Llovian librotes sobre los literatos intrusos, unos viejos, sucios y despilfarrados, y otros nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos, y notas y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas,

no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sugetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturridos.

Con esta pérdida se notó algun desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los gefes procuraban contenerlos conociendo cuan cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fué la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Machábeo de Silveira*, que ar-

rojado de robusta mano parecia una bala de cañon segun el ímpetu que traia: hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser poderoso á resistirle, cayó aturdido sobre las gradas, y tuvieron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola que se hallaba cerca, lleno de indignacion y dolor por la desgracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete tomos que vió á sus pies, y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron allá los *Comentarios de Góngora*, que esta era la gracia de los tales volúmenes, cuando se conoció el horrible estrago que habian hecho en el cuerno izquierdo de los contrarios, lo que advertido por los de Apolo se adelantaron algunos á querer seguir hácia aquella parte la

derrota; pero así que se alejaron de los demas se vieron rodeados de enemigos y cortado el paso á la escalera: dieron y recibieron golpes crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse á incorporar en sus líneas, sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristobal de Virues que pasase á gobernar el ala derecha, y remediado con prontitud el desorden, prosiguió el combate. Mercurio, sostenido en sus borceguíes, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos ejércitos; y vió que del contrario se retiraban muchos hácia el patio asaz dolientes y mal feridos: otros se ocupaban en conducir á algunos á quienes ya se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes ejercitaban su caridad é inteligencia médica

en dar alivio á los lastimados. Limpiábanles las heridas, les apretaban los chichones con cuartos segovianos, colocaban por su órden los dientes y muelas que habian perdido su primer asiento, y usaban varios remedios, ni muy costosos, ni muy eficaces, que se reducian á gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, saliva, orines, y buenas razones.

Observado esto, partió hácia la escalera para dar aviso y ordenar lo que convenia: preguntó por su hermano, y le dijeron que habia desaparecido con las Musas y todas las demas mugeres. Esta fuga dió que sospechar á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfecho de la inocentísima conducta de Apolo; porque uno de los poetas que habia ido á rebusca de libros, vi-

no diciendo que en la cocina se estaba guisando una gran porcion de mixtos, y que el dios imberbe tenia recogidas tantas y tales armas, que si llegaba el caso de poder encarrilar al patio á los pedantes, era indubitable su destruccion.

Que me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el último esfuerzo para conseguirlo: Mendoza que manda el ala izquierda sostenido por el Conde de Rebolledo, avanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos á fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará en buen orden siempre hácia el patio describiendo un cuarto de círculo, para que en llegándolos á sacar del portal, se les vuelva á presentar por frente toda la línea. Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se mantendrán sobre la defensiva, y avanzarán ó se de-

tendrán segun vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.

Así se empezó á ejecutar, cargando Don Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpe que le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso *Lozano*: Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de tolondrones y un arañazo en el rostro que le hacia derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna izquierda un

poetilla ridículo, autor de siete Comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasion, hizo una señal, que al observarla D. Alonso de Ercilla gritó en alta voz: *Hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio.*

Corrió la órden, y al repetir la línea *descarga, y al patio*, comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

¿Y cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalon la batería ince-

sante de libros, parecia que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de Medicina bañados en sangre: allí las Historias sacro-profanas de imágenes aparecidas: allí tomos gigantescos de filosofia, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompian en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de todas las doctrinas, y unos y otros caian despues con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban: allí entre los pesados é indigestos genealogistas cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del Derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de

obscuridad y confusión babilónica; y allí por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos: las del *Cura de Fruime*, *Gerardo Lobo*, la *Madre Ceo*, *Boscan* y *Garcilaso á lo divino*, *Jacinto Polo*, *Cancer*, *Benegas*, *Villamediana*, *Bocangel*, *Tafalla*, *Zabaleta*, *Montoro*, y *Salas Barbadiello*, con el *Arte de Gracian*, y las comedias, silvas y romances de *Henriquez Gomez*: allí el *D. Quijote de Avellaneda* hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las *Comedias de Cervantes* revoloteaban también con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio *Nasarre*. Siguiéron á estas las de *D. Tomas de Añorbe* y *Corregel*, con su miserable *Paulino* entre ellas: las de

Bazo, *Cuadrado*, *Guerrero*, *Sedano*, *Ibañez*, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoïda*, las traducciones de *Ariosto*, el *Poema de S. Rafael*, la *Mejicana de Gabriel Laso*, la *Conquista de Sevilla* en cuartetos, el *Cesar Africano*, la *Nueva Méjico de Villagran*, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo Mundo*, la *Hernandia*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo *Juan de Yagüe*, y el mas que todos ellos fastidioso poema de los *Inventores de las cosas*; siguiendo á este turbion la espesa metralla de *Misceláneas*, *Novelas*, *Famas póstumas*, *Justas poéticas*, *Coronaciones*, *Entradas*, *Beatificaciones*, *Loas*, *Certámenes de escuela*, *Autos Sacramen-*

tales, Autos al Nacimiento, Funerales, Villancicos, Motetes, Follas, y una pestilente multitud de Tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al patio no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolver sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

Señores eruditos, ya me parece que

es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gznatazos y mogicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente, donde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una frioleira que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores preten-

dientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un diputado á mi hermano para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me ví en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pélamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza: he hablado á Apolo; y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningun vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así que, señores mios, lo que debeis hacer es

esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escojed entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningun chisgaravis, sino un erudito de representacion, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros y la general estimacion del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja y aun las dos que tengo, si escogiéndole y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto querais pedirle. Y esto se hace con paz y quietud como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de

peor condicion el asunto: con que así no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado, porque empezando á disputar entre ellos quién debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor: repetian las palabras de Mercurio en que pedia un literato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado *de los inteligentes*. ¿Y quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros: cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento: oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número: salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente pasando la cólera

de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Allí se manifestó cuan poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su línea, y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion; y advirtiéndolo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pu-

sieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguian los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autoreillos. Ellos viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles

grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era facil resistir á tan horrible fuerza: dieron á huir hácia la puerta, pues la necesidad no permitia otra cosa: el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre, y asegurado el palacio, se les pudiese cargar despues en la retirada: y asi que los vieron fuera, salieron detras el Conde de Rebolledo y D. Diego de Mendoza con una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos y sendas del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche:

la obscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decían que se rindiesen como algunos de ellos lo habían hecho (incluso el embajador tuerto que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguían, perecerían todos sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atravancar malezas, y no dar oídos á cuanto les decían, esto fué lo que hicieron; hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por

ellas agarrados unos á otros, y dando ahullidos se precipitaron en una gran laguna que está al pie de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales, libraron mejor, porque cayeron en manos de los de Apolo, recibieron todo agasajo y buena asistencia: se les cataron las heridas, y fueron tratados con mas amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

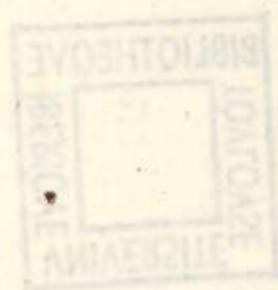
Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa, no se hartaban de dar gracias al cielo por tan feliz victoria: despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo dia; y en ocho que duraron las fiestas, quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conser-

vas, bebidas heladas y chocolate, ascendió á mas de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena Poesía.

Despues de pasado el turbion de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convendria hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luzan se encargaron de examinarlos separadamente para ver á cuantas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, despues de haberseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su racion de pan, queso y pasas; y á los mas contritos por via de ayuda de costa repartieron las mas caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre, y tan sabios como su madre los parió.

FIN DEL TOMO QUINTO.



43-10-23

Bureau

F124



23-10-63
Bonave
7158



SE SUSCRIBE:

EN BARCELONA.....	OLIVA, PIFERRER Y GASPAR.
MADRID.....	CUESTA. — PEREZ.
CADIZ.....	HORTAL Y COMPAÑIA.
VALENCIA.....	MALLEN Y BERARD. — FAULI.
SEVILLA.....	CARO HERNANDEZ.
SANTIAGO.....	REY ROMERO.
VALLADOLID.....	ROLDAN.
CORUÑA.....	CALVETE.
MALAGA.....	VIUDA MARTINEZ DE AGUILAR.
ZARAGOZA.....	POLO Y MONGE.
PALMA DE MALLORCA.	NOGUERA. — TRIAS.

Y en los demas puntos en las principales librerias del Reino.

AVISO.

Para que la edicion de las obras de MORATIN resulte con toda la brillantez posible, y en obsequio de los señores que se han suscrito y en adelante se suscribieren, se darán al fin de la obra *gratis* á los señores suscriptores, ocho láminas análogas á las cinco comedias originales, y tres traducciones del mismo autor, valiéndose al efecto los editores de los grabadores mas acreditados, para que de su parte sean las láminas dignas del público que tanto les favorece.